

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## BEATOS CELIA GUÉRIN Y LUIS MARTIN

«Dios me dio un padre y una madre más  
dignos del cielo que de la tierra»

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS



Crónica de la  
beatificación

Los esposos  
Martin-Guérin

La santificación  
de la vida familiar

El hogar cristiano  
educa para la  
santidad

La historia  
evangélica  
de la infancia  
de Jesús

La corredención  
mariana y la paz  
del mundo

Año LXV- Núms. 929  
Diciembre 2008

## Sumario

«Dios me dio un padre y una madre más dignos del cielo que de la tierra». Homilía del cardenal José Saraiva Martins en la beatificación de Luis Martin y Celia Guérin	3
Crónica de la beatificación <i>María José Lasheras</i>	5
Los esposos Martin-Guérin	9
Los padres de santa Teresita y la santificación de la vida familiar <i>Antonio Prevosti Monclús</i>	12
«Si hubiera sido educada por unos padres sin virtud...» <i>Gerardo Manresa Presas</i>	16
El hogar cristiano educa para la santidad <i>Margarita M.<sup>a</sup> Manresa</i>	19
La enfermedad de Luis Martin: la más amarga y humillante de todas <i>Ramón de Sagrera</i>	23
«Las familias tienen con los Martin un verdadero modelo» <i>Nicolás Echave, sdb</i>	24
La historia evangélica de la infancia de Jesús <i>Guillermo Pons Pons</i>	27
Contemplando la vida de Cristo. Navidad: Dios se hace niño <i>Ramón Gelpí</i>	32
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	34
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	35
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	37
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	40
Hace 60 años	42

## RAZÓN DEL NÚMERO

LA Iglesia se alegra por la gloria de sus hijos, y cada ceremonia de beatificación o de canonización debería ser una fiesta en la tierra como lo es en el cielo. La gracia de Dios se ha demostrado fecunda de una manera extraordinaria, para bien no sólo de quien la ha recibido sino de todos aquellos que hallarán en el glorificado un ejemplo, un estímulo para su vida y un intercesor. La beatificación, el pasado 19 de octubre, de Luis Martin y Celia Guérin, los padres de santa Teresa del Niño Jesús, adquiere un significado especialísimo y en ella concurren circunstancias peculiares.

La beatificación de unos esposos es algo más significativo que una beatificación de unos esposos laicos, beatificados separadamente. La beatificación de laicos nos habla de modelos de santificación de la vida cotidiana de los seglares, y por tanto, de la vida del trabajo, de la familia, en general, de la vida en el mundo, pero la beatificación de un matrimonio nos habla, más específicamente, de la santificación en la vida conyugal, que no es lo mismo que en la vida laica. La Iglesia nos quiere mostrar la santificación de la vida sponsal, en cuanto fundadora de la familia y la raíz de toda la vida familiar, el nacimiento de los hijos, la educación, la formación, es decir, de aquello tan primario, originario y esencial para la vida del hombre, como es la familia.

Es claro que hay muchas personas casadas canonizadas y santas a lo largo de la historia de la Iglesia, pero como matrimonio, personas entregadas a amarse mutuamente, es un hecho reciente. Los esposos Martin no sólo han sido beatificados por su labor paternal y maternal, sino también como esposos, es decir, por la entrega mutua de su vida para la santificación propia y la del cónyuge, y así ha sido reconocida la vida sponsal como una propuesta de vía de santificación, que es doble, como donación mutua y como donación común de los dos a los otros.

La Navidad nos invita a contemplar al Niño Jesús con aquella ternura con que lo contemplaba su Madre en el pesebre: «Pues andáis en las palmas, Ángeles santos, que se duerme mi niño, tened los ramos», cantaba Lope de Vega. Contemplemos a la Virgen María en su vocación maternal: el Hijo de Dios, débil e indefenso, como todos los recién nacidos, es cuidado, alimentado, limpiado y, sobre todo amado, por la más solícita de las madres. Y contemplamos a san José solícito en el amor, la protección y el cuidado de su familia. Jesús quiso asumir nuestra naturaleza en todo, excepto en el pecado. Y la asumió, incluso en aquellos males que padecemos por nuestra culpa original. Sufrió carencias y pobreza en su nacimiento, sufrió persecución en su vida pública, y llegó al mayor de estos males dando, en forma cruenta, su vida por nuestra redención.

En este espíritu de contemplación deseamos a todos nuestros lectores, colaboradores y benefactores unas santas fiestas de Navidad.

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2<sup>a</sup>  
Redacción: 93 317 47 33  
Administración y fax: 93 317 80 94  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@telefonica.net](mailto:regnat@telefonica.net)

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

# «Dios me dio un padre y una madre más dignos del cielo que de la tierra»

## *Homilía del cardenal José Saraiva Martins en la beatificación de Luis Martin y Celia Guérin*

Lisieux, 19 de octubre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Santa Teresa del Niño Jesús escribió en la «Historia de un alma»: «Perdóname, Jesús, si desvarío queriendo decirte mis deseos, mis esperanzas, que tocan el infinito. Perdóname y sana mi alma dándole lo que espera...» (Ms B 2v). Jesús realizó siempre los deseos de Teresa. Incluso se mostró generoso ya antes de su nacimiento, puesto que, como ella misma escribió al abad Bellière –muchos lo saben ya de memoria–, «el buen Dios me dio un padre y una madre más dignos del cielo que de la tierra» (carta 261).

Acabo de concluir el *rito de beatificación*, mediante el cual el Santo Padre ha inscrito conjuntamente a estos esposos en *el catálogo de los beatos*. Es un gran estreno esta beatificación de Luis Martin y Celia Guérin, a quienes Teresa definía *padres sin igual, dignos del cielo, tierra santa, totalmente impregnada de un perfume virginal* (cf. Ms A).

Mi corazón da gracias a Dios por este testimonio ejemplar de amor conyugal, que puede estimular a los hogares cristianos a la práctica integral de las virtudes cristianas como suscitó el deseo de santidad en Teresa.

Mientras leía la *carta apostólica* del Santo Padre pensaba en mi padre y en mi madre; y en este momento quisiera que también vosotros pensarais en vuestro padre y en vuestra madre, y que juntos diéramos gracias a Dios porque nos ha creado y nos ha hecho cristianos a través del amor conyugal de nuestros padres. Recibir la vida es algo maravilloso, pero, para nosotros, es más admirable aún que nuestros padres nos hayan conducido a la Iglesia, la única capaz de hacer cristianos. Nadie puede hacerse cristiano por sí mismo.

El matrimonio es una de las vocaciones más nobles y más elevadas a las que los hombres están llamados por la Providencia. Luis y Celia comprendieron que podían santificarse no a *pesar* del matrimonio, sino a *través, en y por* el matrimonio, y que su unión debía ser considerada como el punto de partida de una ascensión de dos personas. Hoy la Iglesia no solamente admira la santidad de estos hijos de la tierra de Normandía, un don para todos, sino que se

mira en esta pareja de beatos que contribuye a hacer más hermoso y espléndido el vestido de novia de la Iglesia. No sólo admira la santidad de su vida; reconoce en este matrimonio la santidad eminente de la institución del amor conyugal, tal como la ha concebido el Creador mismo.

El amor conyugal de Luis y Celia es reflejo puro del amor de Cristo a su Iglesia; también es reflejo puro del amor con el que la Iglesia ama a su Esposo, Cristo. El Padre «nos eligió en Él antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia, en el amor» (Ef 1, 4).

Luis y Celia testimoniaron el radicalismo del compromiso evangélico de la vocación al matrimonio hasta el heroísmo. No temieron hacerse violencia a sí mismos para arrebatarse el *reino de los cielos*, y así se convirtieron en *luz del mundo*, que hoy la Iglesia pone en el candelero a fin de que brillen para todos los que están en la casa (la Iglesia). Brillan ante los hombres, para que estos vean sus buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos. Su ejemplo de vida cristiana es como *una ciudad situada en la cima de un monte, que no puede ocultarse* (cf. Mt 5,13-16).

¿Cuál es el secreto del éxito de su vida cristiana? «Se te ha declarado, hombre, lo que es bueno, lo que Dios de ti reclama: tan sólo practicar la equidad, amar la piedad y caminar humildemente con tu Dios» (Miq 6, 8). Luis y Celia caminaron *humildemente con Dios* en busca del *consejo del Señor*. Señor, *danos tu consejo*. Buscaban el *consejo* del Señor. Tenían sed del *consejo* del Señor. Amaban el *consejo* del Señor. Se conformaron al *consejo* del Señor sin quejarse. Para estar seguros de caminar en el verdadero *consejo* del Señor, se dirigieron a la Iglesia, *experta en humanidad*, poniendo todos los aspectos de su vida en armonía con las enseñanzas de la Iglesia.

Para los esposos Martin, era muy claro *qué es del César y qué es de Dios*. *Al Señor Dios es al primero que se ha de servir*, decía Juana de Arco. Los esposos Martin lo convirtieron en lema de su hogar: para ellos Dios ocupaba siempre el primer lugar en su vida. La señora Martin decía a menudo: «Dios es

el Maestro. Hace lo que quiere». El señor Martin se hacía eco de esas palabras, repitiendo: «Al Señor Dios es al primero que se ha de servir». Cuando la prueba llegó a su hogar, su reacción espontánea fue siempre la aceptación de esta voluntad divina. Sirvieron a Dios en la pobreza, no por simple impulso de generosidad ni por justicia social, sino simplemente porque el pobre es Jesús. Servir al pobre es servir a Jesús, es dar *a Dios lo que es de Dios*: «Cuan- to hicisteis a uno de estos hermanos míos más pe- queños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

Dentro de algunos instantes proclamaremos nues- tra *profesión de fe*, que Luis y Celia repitieron tan- tas veces en la misa y enseñaron a sus hijos. Des- pués de haber confesado *la santa Iglesia católica*, el Símbolo de los Apóstoles añade la *comunió n de los santos*.

Yo creía –decía Teresa–, «sentía que hay un cielo y que este cielo está poblado de almas que me quie- ren, que me consideran como su hija...» (Ms B).

En este cielo poblado *de almas* ahora podemos incluir a los beatos Luis y Celia, a quienes por pri- mera vez invocamos públicamente: «Luis y Celia, rogad a Dios por nosotros. Os pido que nos *queráis*, que nos *consideréis* como vuestros hijos; *quered* a toda la Iglesia, *quered* sobre todo, nuestros hogares y a sus hijos».

Luis y Celia son un don para los esposos de to- das las edades por la estima, el respeto y la armonía con que se amaron durante diecinueve años. Celia escribió a Luis: «Yo no puedo vivir sin ti, querido Luis». Él le respondió: «Yo soy tu marido y amigo que te ama por toda la vida». Vivieron las promesas del matrimonio: la fidelidad del compromiso, la in- disolubilidad del vínculo, la fecundidad del amor, tanto en las alegrías y en las penas como en la salud y en la enfermedad.

Luis y Celia son un don para los padres. Minis- tros del amor y de la vida, engendraron numerosos hijos para el Señor. Entre estos hijos, admiramos particularmente a Teresa, obra maestra de la gracia de Dios, pero también obra maestra de su amor a la vida y a los hijos.

Luis y Celia son un don para todos los que han perdido un cónyuge. La viudez es siempre una si- tuación difícil de aceptar. Luis vivió la pérdida de su esposa con fe y generosidad, prefiriendo el bien de sus hijos a sus atracciones personales.

Luis y Celia son un don para los que afrontan la enfermedad y la muerte. Celia murió de cáncer; Luis terminó su existencia afectado por una arteriosclerosis cerebral. En nuestro mundo, que trata de ocultar la muerte, nos enseñan a mirarla a la cara, abandonándonos en Dios.

Por último, doy gracias a Dios, en esta LXXXII Jornada Mundial de las Misiones, porque Luis y Celia son un modelo ejemplar de hogar misionero. He aquí la razón por la que el Santo Padre quiso que la beatificación se realizara en esta jornada tan amada por la Iglesia universal, como para unir a los maes- tros Luis y Celia a la discípula Teresa, su hija, que se ha convertido en patrona de las misiones y docto- ra de la Iglesia.

Los testimonios de los hijos de los esposos Martin a propósito del espíritu misionero que reinaba en su hogar son unánimes e impresionantes: «Mis padres se interesaban mucho por la salvación de las almas... Pero nuestra obra de apostolado más conocida era la propagación de la fe, para la cual cada año nues- tros padres daban un cuantioso donativo. Este mis- mo celo por las almas les hacía desear mucho tener un hijo misionero e hijas religiosas».

Recientemente el cardenal Ivan Dias, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pue- blos (*Propaganda Fide*), escribió: «Para un discí- pulo de Cristo anunciar el Evangelio no es una op- ción, sino un mandato del Señor... Un cristiano debe considerarse en misión (...) para difundir el Evange- lio en cada corazón, en cada hogar, en cada cultura (*Conferencia de Lambeth*, 23 de julio de 2008).

Hermanos míos, quiera Dios que vuestras fami- lias, vuestras parroquias, vuestras comunidades re- ligiosas de Normandía, de Francia y de todo el mun- do, sean también hogares santos y misioneros, como lo fue el hogar de los beatos esposos Luis y Celia Martin. Amén.

Jesús se complace en enseñarnos el único camino que conduce a este divino horno de Amor; y el camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre. «Si alguno es pequeñito que venga a mí...» (Prov 9,4) y este mismo Espíritu de Amor dijo también que «la misericordia se concede a los pequeños» (Sab 6,7).

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

# Crónica de la beatificación

MARIA JOSÉ LASHERAS

**E**L día 19 de octubre del 2008, domingo, tuvo lugar en Lisieux, Normandía, la beatificación de un matrimonio cristiano, los esposos Luis Martin y Celia Guérin, que se han santificado viviendo su vida familiar, una vida ordinaria, de modo extraordinario.

Estos esposos cristianos son los padres de santa Teresita, pero no han sido beatificados por ello, sino porque vivieron su vida matrimonial y familiar a la luz del Evangelio, practicando las virtudes en grado heroico.

Fue en 1858, hace ahora 150 años, cuando contrajeron matrimonio en la iglesia de Notre-Dame de Alençon, ciudad de Normandía, a medianoche entre el día 12 y el 13 de julio.

Este matrimonio es un ejemplo para todos los matrimonios y familias de nuestros días, dado que fueron fieles, se amaron tiernamente, se respetaron mutuamente, su matrimonio estuvo abierto a la vida y fue fecundo: tuvieron nueve hijos, a los que educaron cristianamente con la mirada puesta en el cielo.

## Lisieux y la beatificación

**T**ODA la ciudad de Lisieux estaba engalanada para la ocasión. Distintas pancartas y carteles colgaban por todas partes anunciando a propios y extraños el gran acontecimiento de la beatificación.

Entre las celebraciones que han tenido lugar con motivo de la beatificación, destacan la vigilia de oración del sábado noche, previa a la beatificación, la Misa de la beatificación del domingo, y la Misa de acción de gracias del lunes.

## La vigilia de oración

**L**A noche del sábado día 18 tuvo lugar una vigilia de oración en la catedral Saint-Pierre de Lisieux, presidida por el preposito general de los padres carmelitas, padre Luis Aróstegui, de Gatika, Bizkaia.

Durante esta vigilia se leyeron fragmentos de las cartas escritas por Celia a sus hermanos de Lisieux, y alguna de Luis escrita a Celia o a sus hijas con motivo de un viaje.

Celia dice de su marido: «De verdad que este marido mío es un santo. Les deseo uno igual a todas las mujeres».

Luis en una carta a sus hijas se expresa como sigue: «Mis queridas hijas, os abrazo con amor y os confío a vuestra santa madre».

También se recitaron y cantaron varios salmos, siguiendo el tema del matrimonio cristiano y la educación de los hijos. Fue un acto hermoso y participado.

## La beatificación

**E**L domingo 19 de octubre amaneció en Lisieux frío pero soleado. Los campos aparecieron cubiertos de escarcha, recordando la nieve que tanto gustaba a santa Teresita, pero el sol iluminó una jornada llena de gozo y solemnidad.

A las 10 de la mañana iba a comenzar la ceremonia solemne de la beatificación. Ya hacia las 8 la gente se dirigía en autobuses, coches o andando hacia la basílica de santa Teresa. La basílica superior pronto se llenó, pues había muchos sacerdotes, religiosas, entre las que se encontraban las veinticuatro monjas carmelitas del convento de Lisieux, que obtuvieron un permiso especial para abandonar la clausura y asistir en directo a la solemne ceremonia de la beatificación del matrimonio Martin, y fieles en general. Abrieron la cripta y en poco tiempo también se llenó.

Los demás asistentes, hasta unos quince mil, siguieron la ceremonia en el exterior, a través de pantallas puestas para la ocasión y en sillas preparadas para ello. Todos los asistentes recibieron una bolsa con el librito para seguir la ceremonia, la vida de los nuevos beatos e información sobre Lisieux y santa Teresita. Se podían ver familias con niños y matrimonios de diferentes edades.

El ambiente era de emoción y recogimiento. A las 10 comenzó la procesión de entrada a la basílica, entre cantos de alabanza a Dios, encabezada por la cruz y los ciriales, seguida de numerosos sacerdotes, obispos y cardenales, y por último entró el legado del Papa, cardenal José Saraiva Martins, prefecto emérito de la Congregación para las Causas de los Santos, que iba a presidir la ceremonia.

El rector de la basílica de santa Teresa de Lisieux,

monseñor Lagoutte, presentó el acto y agradeció la presencia del legado pontificio y demás dignidades eclesiásticas, así como de todos los fieles congregados. Había muchos participantes venidos de distintas regiones de Francia, y bastantes irlandeses e italianos, así como representantes de otros países, entre ellos de México y del Líbano.

Cinco matrimonios de Schola Cordis Iesu de San Sebastián y Bilbao asistimos a la ceremonia, ya que queríamos vivir «in situ» el gran acontecimiento para la Iglesia y la sociedad de la beatificación de Luis y Celia Martin.

La ceremonia fue preciosa. Las lecturas fueron las correspondientes al domingo XXIX del tiempo ordinario, día en que se celebraba la Jornada Mundial de las Misiones. Los cantos, muy solemnes, el Kyrie, Gloria y el Credo, fueron cantados en latín. Y en francés, un canto compuesto para la ocasión con el estribillo: *El Señor me ha dado un padre y una madre más dignos del cielo que de la tierra. Y unos versos recordando sus virtudes como esposos, padres...*

La fórmula de beatificación fue leída por el cardenal José Saraiva Martins, legado del Papa, con toda solemnidad y en ese momento se desenrolló una pancarta con la foto de los nuevos beatos. Seguidamente, fue descubierta la urna que contiene los restos de los esposos y que es muy hermosa, pues los relieves que la recubren representan los momentos más importantes de su vida matrimonial y familiar. Fue el niño Pietro Schiliro, de la localidad italiana de Monza, cerca de Milán, el encargado, junto con sus padres, de levantar la tela que cubría la urna donde se guardan los restos de los esposos beatos, padres de santa Teresita.

Este niño nació en el año 2002 con un problema pulmonar grave, que no le hubiera permitido sobrevivir. Sus padres hicieron una novena al matrimonio Martin y fueron escuchados. Los médicos declararon que la curación de Pietro no podía ser explicada por la ciencia. Gracias a este milagro, el proceso de beatificación siguió adelante y el día 13 de julio de este año, día en que se cumplían los ciento cincuenta años del matrimonio de los esposos Martin en la iglesia de Notre-Dame de Alençon, fue anunciado solemnemente que el día 19 de octubre en Lisieux tendría lugar la ceremonia de beatificación. Ahora Pietro y su familia han podido asistir como invitados especiales a la celebración.

Tras la ceremonia, la urna fue conducida en procesión al exterior de la basílica y fue expuesta a la veneración de los fieles. Muchos matrimonios pasaban sus anillos por la urna, entregaban intenciones de plegaria y rezaban ante los restos de los nuevos beatos, implorando su intercesión y su protección para todas las familias.

## La misa de acción de gracias

**L**A misa de acción de gracias del día 20, lunes, presidida por el cardenal Paul Poupard, emérito del Pontificio Consejo para la Cultura, fue la primera misa de los beatos Luis y Celia Martin. Las lecturas fueron como sigue: la primera: «la mujer fuerte», Prov 31,10-13.19-20.30-31; la segunda: 1 Jn 4,7-12. y el evangelio de las Bodas de Caná, Jn 2,1-11. Fue también muy solemne y participada. Al terminar, se soltaron palomas para pedir la paz y el sol también acompañó la fiesta.

## Lecciones de las homilias de las dos eucaristías

**E**L legado pontificio, cardenal José Saraiva Martins, en la misa de beatificación del domingo 19 dijo que era un momento gozoso la beatificación de unos padres cristianos, y que todos —y él especialmente— debíamos recordar a nuestros padres, que nos han enseñado el camino de la salvación.

El cardenal Poupard, en la misa de acción de gracias del lunes día 20 de octubre, nos recordó todo el proceso de beatificación, cuando Juan Pablo II decidió que podía llevarse adelante como un proceso conjunto, al ser unos esposos santificados en el matrimonio, y por ello los declaró venerables en el año 1994. Faltaba el milagro, que se produjo en el año 2002 y ha sido reconocido, tras el riguroso proceso de estudio, este mismo año 2008 por Benedicto XVI.

El cardenal es un gran devoto de santa Teresita y sus padres y nos recordó que la Iglesia hoy nos propone a los nuevos beatos como modelo para las familias cristianas que pasan por alguno de estos trances: la muerte de un hijo, la enfermedad del cáncer en la familia, la enfermedad de demencia senil, la viudedad...

Luis y Celia Martin fueron esposos cristianos, padres de familia numerosa, trabajaron con esmero sin que se resintiera la vida de familia, sufrieron en sus carnes enfermedades, como el cáncer de Celia y la enfermedad de demencia senil en el caso de Luis, vieron morir en su tierna infancia a cuatro de los nueve hijos que Dios les dio, y todo ello lo sobrellevaron con confianza en Dios y aceptación de su voluntad, aunque sintieron los desgarros profundos en el alma... Luis vivió su viudedad santamente, encargándose de sus hijas con verdadero amor y aceptando con humildad su vocación religiosa: cuatro de ellas entraron en el Carmelo y la quinta en la Visitación.

Sólo la fuerza del sacramento del matrimonio,

*Un aspecto de la  
ceremonia de la  
beatificación*



FOTO MARIA JOSÉ LASHERAS

alimentada por la recepción frecuente de los sacramentos de la penitencia y la comunión, y la oración en familia, puede dar fuerzas suficientes para seguir de modo tan admirable el camino trazado por Dios.

Ambos fueron muy trabajadores, él de oficio relojero y ella encajera, y supieron conciliar la vida laboral y familiar.

Oraban en familia, sabiendo que la oración es como la respiración del alma, y enseñaron a sus hijos a confiar en Dios en todos los momentos de su vida, en las alegrías y en los momentos de sufrimiento, que no faltaron en esta familia.

La muerte de cuatro de los nueve hijos en edad temprana supuso un desgarró y un sufrimiento, pero ellos siempre mantuvieron la fe y la confianza en Dios.

Practicaban la caridad con los pobres, la oración por las misiones, siguiendo la Obra de la Propagación de la Fe, fundada por Pauline Jaricot.

Cultivaban las amistades y las relaciones familiares con parientes próximos, cuidaron a sus mayores con dedicación y esmero.

Vivían los sacramentos de iniciación cristiana de sus hijos con ilusión y fe: los bautismos, la preparación para la primera comunión...

Hoy en día es muy necesario que las familias cristianas tengamos modelos actuales para las necesidades actuales: los nuevos beatos son un ejemplo para las familias porque:

Formaron una familia unida, donde los sacramen-

tos frecuentes son la fuente de la gracia que da fuerzas para vivir las alegrías y las penas de la vida diaria a la luz del Evangelio.

Vivieron en profundo respeto, fidelidad y amor mutuo, formando un hogar donde los esposos se aman, se ayudan mutuamente en el trabajo, en el hogar y en la educación de los hijos.

Vivieron abiertos a la vida, recordando que la fecundidad es un don y los hijos son un regalo de Dios.

Mostraron un gran respeto a los ancianos, cuidando a los abuelos, hasta su muerte natural, rodeados de cariño, atenciones y asistencia religiosa.

Cultivaron la oración en familia, el estudio del catecismo con los pequeños, la asistencia a la Misa dominical, y, si es posible, diaria, como en el caso de Celia que asistía a Misa de 5 de la mañana para coger fuerzas antes de comenzar su trabajo de encajera.

Aceptaron las enfermedades y las muertes habidas en la familia.

Aceptaron la voluntad de Dios en la vocación religiosa de las hijas.

Fomentaron la caridad y la vocación misionera en el hogar.

Luis vivió la viudedad apoyado por los sacramentos.

Luis perteneció a la Adoración Nocturna e hizo varias peregrinaciones con la Acción Católica y la parroquia a Chartres y a París, a Notre-Dame des Victoires.



*Urna que contiene los restos de los nuevos beatos*

FOTO MARIA JOSÉ LASHERAS

### La fecha de la beatificación y celebración

**E**s interesante recordar que el día en que han sido glorificados los nuevos beatos es el día del DOMUND, el Domingo Mundial de las Misiones, y coincide con el undécimo aniversario de la proclamación de santa Teresita de Lisieux como doctora de la Iglesia por Juan Pablo II. Este año 2008 es, además, Año de la Familia. Y se cum-

plen los ciento cincuenta años del matrimonio de los esposos Martin en Alençon, así como de las apariciones de la Virgen en Lourdes a santa Bernardita Soubirous.

La fiesta de los beatos Luis y Celia Martin se celebrará cada año el día 12 de julio, en la fecha de su matrimonio.

Resumiendo, una fiesta grande para las familias y para la Iglesia universal.

## Oración para pedir la canonización de Luis y Celia Martin y para solicitar gracias por su intercesión

Dios de eterno amor, tú nos das en los beatos esposos Luis y Celia Martin, un ejemplo de santidad vivida en el matrimonio.

Ellos guardaron la fe y la esperanza en medio de los deberes y las dificultades de la vida.

Ellos criaron a sus hijos para que llegaran a ser santos.

Que su oración y su ejemplo puedan sostener a las familias en su vida cristiana y ayudarnos a todos a caminar hacia la santidad.

Si ésa es tu voluntad, concédenos la gracia que pedimos ahora a través de su intercesión, y dignate inscribirles en el número de los santos de tu Iglesia.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

(Las personas que reciban favores por intercesión de Luis y Celia Martin los pueden comunicar al Pèlerinage de Lisieux, 33 rue du Carmel -14100 Lisieux)



# Los esposos Martin-Guérin<sup>1</sup>

## Luis Martin, padre de santa Teresita

**L**UIS-JOSÉ Martin nació en Burdeos, el 22 de agosto 1823. Era el tercer hijo de Pedro-Francisco Martin, capitán de la Armada, y de Mariana Fanny Boureau, cristianos practicantes. Su primera formación está ligada a la vida militar de su padre. Entre los tres años y medio y los siete años vivió en Estrasburgo, y formó parte de los *Hijos de la Tropa*, beneficiándose de las ventajas y de las facilidades acordadas para los hijos de los militares. En 1831, la familia Martin se trasladó a vivir a Alençon. Luis asiste al colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, Hermanos de La Salle, de la ciudad. Al final de sus estudios, a pesar del ejemplo de su padre, oficial valiente, Luis no se orienta hacia la vida militar sino que elige una profesión artesana: será relojero. Pero entretanto, hombre de fe y de piedad, escucha una voz que parece le llama para ser sacerdote. Este deseo le lleva a los Alpes suizos a los Canónicos Regulares de la *Congregación Hospitalaria del Gran San Bernardo* para conocer la vida de estos religiosos. Dos años más tarde, en 1845, él vuelve a Suiza con la intención de ingresar en la Orden, pero no es admitido por no saber latín. Él intenta aprender, pero finalmente renuncia. Apasionado por la relojería, después de haber acabado sus estudios de esta profesión en Rennes y en Estrasburgo, se establece como relojero en Alençon. Es de carácter dulce y amable, tiene amigos y conocidos con los que le gusta ir a pescar y jugar al billar. Es apreciado en la ciudad como hombre honrado y bondadoso y otras cualidades y por su distinción natural. Luis es el modelo perfecto del patriarca como lo describe la Escritura: justo, recto, amante de Dios y servidor de los demás. Luis Martin fue un asiduo y constante adorador nocturno desde joven llevando a muchos de sus amigos a esta obra.

## Celia Guérin, madre de santa Teresita

**C**ELIA María Guérin nació el 23 de diciembre de 1831 en Gandelain, cerca de Saint-Denis-sur-Sarthon, en el Orne, a pocos kilómetros de Alençon. Ella era hija de Isidoro Guérin, militar y de su esposa, Luisa-Juana Macè. Esta familia co-

noció la persecución de los jacobinos y guardó durante la Revolución una profunda fe católica. Tuviron tres hijos: María Luisa, la futura visitandina, nacida en 1829, Celia e Isidoro, nacido en 1841. Para los padres de Celia la vida fue dura y su carácter se resintió: eran rudos, autoritarios y exigentes. Dotados de una fe sólida, la familia vivió dentro de una cierta atmósfera de rigorismo, de sujeción y de escrúpulos. Celia es una mujer viva, con chispa y espontánea, inteligente y comunicativa por carácter, que encuentra en su hermana mayor, María Luisa, una verdadera amiga y casi una segunda madre. Cuando el padre se retira, en 1844, la familia se va a establecer a Alençon, calle de san Blas. Celia se inscribe en las Hermanas de la Adoración perpetua. Hacia los 18-19 años, pasada la adolescencia, Celia se siente llamada a ser religiosa y entra en contacto con las Hijas de la Caridad, de san Vicente de Paúl. Pero después de una entrevista con la superiora de las hermanas del hospital de Alençon, ella comprende que no es la voluntad de Dios. En la oración ella pide luces al Señor para su futuro y, tras hacer una novena a la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre de 1851 oye esta voz: «Haz punto de Alençon». En las Hermanas de la Adoración perpetua, Celia aprende los primeros rudimentos de este tipo de confección y para perfeccionarse va a la Escuela de Encaje de la ciudad. Apoyada en esta voz, Celia, con su hermana María Luisa se inicia en este trabajo y en 1853 es conocida ya como fabricante del punto de Alençon. Este año María Luisa entraría en el convento de la Visitación de Caen y, por encargo de su hermana, se dedicó a ser la segunda madre de su hermano Isidoro. Durante varios años fue asaltada de dudas y escrúpulos y se sometió a demasiadas penitencias que afectaron gravemente su salud. Hacia 1856 tuvo una grave afección pulmonar.

## La familia Martin

**U**N día, a principios de 1858, paseándose sobre el puente San Leonardo, en Alençon, Celia encontró un joven del que su dignidad y discreción le impresionaron fuertemente, y percibió una voz interior que le decía: este es el que he preparado para ti. Discretamente se enteró de quien era y a los tres meses de su primer encuentro contrajeron matrimonio el 13 de julio de 1858, a medianoche, en la iglesia de Nuestra Señora de Alençon. Fueron a vivir a la casa del Puente Nuevo, donde Luis tenía el taller de relojería y allí trasladó

1. Traducción del resumen de las vidas de los nuevos beatos de los documentos dados en la ceremonia de la beatificación.



*Teresa*

Celia su taller de punto de Alençon. Después de la muerte del padre de Celia<sup>2</sup>, y en un momento difícil, por la guerra franco-alemana, la familia se trasladó a la casa de la calle San Blas, donde nació Teresita. A partir de entonces Luis Martín abandona su taller de relojería y se dedica a ayudar a su esposa en el negocio del punto de Alençon, pues la acción comercial necesitaba de muchos viajes a París y fuera de la región de Alençon.

La familia Martín era laboriosa, atenta con el prójimo, generosa con los pobres, fiel a la vida y a las enseñanzas de la Iglesia. Ellos toman parte activa en las obras de la Iglesia de su tiempo viviendo como laicos cumpliendo tanto en su vida familiar, como profesional como verdaderos cristianos. Como educadores, el matrimonio Martín se toma atentamente la plegaria en familia y van con la frecuencia, la máxima de entonces, a recibir la Eucaristía<sup>3</sup>. Ellos se dan generosamente a las obras misionales y esto

2. El padre de Celia Guérin murió el 9 de marzo de 1868.

3. La comunión diaria no era común entonces, pues hasta el papa san Pío X, a principios del siglo xx, no se extendió esta costumbre.

lo transmitieron a sus hijas y a su alrededor, de forma que su hija menor, Teresita, fue declarada años más tarde, Patrona de las Misiones.

Después de un período de diez meses en que el matrimonio vivió una vida virginal, a instancias de un confesor comprendieron más perfectamente la idea del matrimonio como la expresión acabada del amor sin reservas cuyo fruto son los hijos. Desde el primer momento en que tomaron esta decisión su idea era la de que estos hijos eran para el Señor. Así lo expresa Celia en una carta a su hija Paulina, años más tarde: «Al tener hijos, nuestras ideas cambiaron algún tanto; no vivíamos sino para nuestros hijos, en lo cual cifrábamos nuestra dicha, y en ninguna parte, fuera de ellos, la hemos encontrado. En fin, nada nos costaba ya; el mundo en nada ya nos preocupaba.. Tal era mi gran compensación; yo también deseé tener muchos hijos para educarles para el cielo.»<sup>4</sup>

El día 28 de febrero de 1860 nace en aquel hogar la primera de sus hijas, María Luisa, al año siguiente, el 7 de setiembre de 1861, nace María Paulina, la segunda hija. María Leonia nació en día 3 de junio de 1863. Con las primeras hijas aquella casa se llenó de alegría, pero también la salud de la tercera le llena de inquietud. Las siguientes hijas empiezan ya a manifestar el estado de salud de la madre, que no puede amamantarlas y precisa de una nodriza. La primera es María Elena, nacida el 13 de octubre de 1864. Esto trae como consecuencia que la madre no puede estar con las hijas durante largas temporadas y así expresa Celia este dolor: «El martes pasado fui a ver a mi Elenita. Había salido a las siete de la mañana, yo, sola, traída y llevada por el viento y la lluvia. Imagínate tú mi fatiga en lo largo del camino; pero me sostenía la idea de que muy pronto iba a tener en mis brazos al objeto de mi amor. Tal es la joya de mi Elenita; es encantadora hasta extasiarme».<sup>5</sup> Después de Elena tuvieron cinco hijos más: María José Luis,<sup>6</sup> María José Juan Bautista,<sup>7</sup> María Celina,<sup>8</sup> María Melania Teresa,<sup>9</sup> y la pequeña María Francisca Teresa,<sup>10</sup> santa Teresita. De ellos, sólo vivieron Celina y Teresita, los demás volaron al cielo a muy tierna edad<sup>11</sup>.

4. Carta de Celia Guérin a su hija Paulina, del 4 de marzo de 1877 .

5. Carta de Celia Guérin a su hermano Isidoro, del 5 de marzo de 1865.

6. Nacido el día 20 de setiembre de 1866.

7. Nacido el día 19 de diciembre de 1867.

8. Nacida el día 28 de abril de 1869.

9. Nacida el día 10 de agosto de 1870.

10. Nacida el 2 de enero de 1873.

11. Como se puede observar, todos los hijos, fueran niños o niñas, tenían por primer nombre María.



*Celina*



*Leonia*

#### Los últimos años de convivencia familiar

**D**ESPUÉS de una larga enfermedad, un cáncer de mama, Celia muere en Alençon el 28 de agosto de 1877. Para Luis, la muerte de su esposa es una prueba muy dura. De ahora en adelante hace falta ocuparse de la felicidad de sus cinco hijas. Cuando él ve el deseo de las hijas de ir a vivir a Lisieux, donde vive la familia de su tío, Isidoro Guérin, Luis no duda un momento en dejarlo todo, familia, amistades, apostolado parroquial, etc., y abandona Alençon en el mes de noviembre de 1877.

En Lisieux, en los Buissonnets, la vida continúa en un clima de serenidad, de discreción y de alegre austeridad. Entre las muchas cosas que pueden contarse, son de destacar dos cosas: en primer lugar, con qué fe Luis consentirá en ofrecer todas sus hijas al Señor, y en segundo lugar, el ofrecimiento que Luis hace de sí mismo, en la iglesia de Nuestra Señora de Alençon, para corresponder a la inundación de gracias que el Señor le ha dado con su familia.

Pocas semanas después, el Señor le toma la palabra y comienza a tener fuertes crisis por motivo de una arteriosclerosis cerebral. El diez de enero de 1889, después de la toma de hábito de Teresita, el patriarca, como es llamado afectuosamente por los íntimos, ve deteriorarse gravemente su salud y debe ser hospitalizado en el Buen Salvador de Caen. Esta humillación llega al máximo cuando dos notarios le hacen firmar la renuncia a la administración de todos sus bienes. En mayo de 1892, cuando la parálisis de sus piernas ya no le permiten caminar, Luis vuelve a Lisieux. Será cuidado por Celina, Leonia y la familia Guérin. Comunicarse con los otros es cada día más difícil y cuando lo puede hacer se limita a decir: «Hasta el cielo», como hace en su última visita a sus hijas carmelitas en el locutorio del monasterio de Lisieux.

El 29 de julio de 1894, después de haber conocido la humillación de la enfermedad, Luis muere en el castillo de La Musse, propiedad de su cuñado Isidoro Guérin, cerca de Evreux.

San Pío X, a un sacerdote empeñado en demostrarle que nada había de extraordinario en la vida de Teresa del Niño Jesús:

«¡Ah!, lo más extraordinario de esta alma es precisamente su prodigiosa sencillez... repase la teología».

# Los padres de santa Teresita y la santificación de la vida familiar\*

## El reconocimiento eclesial de una realidad ampliamente aceptada

EN primer lugar damos gracias a Dios y nos felicitamos todos por la canonización de Luis Martin y Celia Guérin, padres de santa Teresa de Lisieux. Estamos alegres de que los hayan beatificado, porque para Schola Cordis Iesu, donde el espíritu y la doctrina de la infancia espiritual de la santa es como el alma de la institución y uno de los motivos por los que el padre Orlandis la fundó, esta beatificación es un gran acontecimiento.

Hace mucho tiempo que todos los que conocíamos a santa Teresa de Lisieux teníamos por cierto, a falta del reconocimiento de la Iglesia, que los padres de santa Teresa de Lisieux, Luis y Celia, eran santos. Pero ello no era una opinión de unas pocas personas, sino que desde pocos años después de su muerte, o mejor, ya en su vida, se había considerado así, pues ya el testimonio de la sirvienta, Luisa Marais, nos dice que: «Si Teresita era una santa, a mi ver, su mamá también es una gran santa. Muy probada fue durante su vida y todo lo soportó con resignación y, además, cómo sabía sacrificarse; para ella todo estaba bien siempre pero para los demás eso ya era otra cosa. Yo os diría mucho sobre sus bondades y sobre su sumisión a la voluntad de Dios.<sup>1</sup> Es de notar que lo que destaca más es su sumisión a la voluntad de Dios, es por ello que la llama una gran santa».

Otro de los testimonios de su tiempo es el de su cuñada Celia Fourquet, esposa de Isidoro Guérin, que en carta a Teresita, le escribe: Es que tus padres, Teresita mía, son de aquellos a los que se puede llamar santos y quienes merecen engendrar hijos santos.<sup>2</sup>

Pero estas declaraciones no son suficientes para que la Iglesia beatifique a estos esposos, pero sí forman parte de esta percepción que tiene el cristiano creyente del sentido de las cosas de Dios.

También está el testimonio de las hijas del que destacamos lo que santa Teresita dice en su manuscrito A: *Dios me dio unos padres más dignos del cielo que de la tierra.*<sup>3</sup>

\*Resumen de la conferencia que el doctor Antonio Prevosti Monclús pronunció en el salón de la Fundación Balmesiana el día 12 de noviembre de 2008.

1. Piat, Esteban José, O.F.M., *Historia de una familia*, Ed. Monte Carmelo, 1950, pag.330.

2. Idem., pag.329.

3. Santa Teresa de Lisieux, Manuscrito A, 4 rev.

Teresita estaba convencida de que su padre había ido al cielo, pero quiso que el Señor le mostrara si su padre había ido directamente al cielo y para ello le pidió una prueba: Que la comunidad permitiera la entrada de Celina en el Carmelo de Lisieux, pues siendo ya tres las hermanas Martin en el convento había una cierta oposición a ello; con el cese de la oposición a la entrada, el Señor quiso hacer patente a Teresita la confirmación de su convencimiento<sup>4</sup>.

Por lo tanto podríamos decir que la Iglesia ha hecho público un hecho que diríamos era «vox populi»

## La santificación de la vida matrimonial

ES una novedad en la Iglesia la beatificación conjunta de un matrimonio y la novedad la inició Juan Pablo II con la beatificación del matrimonio Luis y María Beltrame Quattrocchi, en el año 2001. Este matrimonio, aunque más moderno que el matrimonio Martin subió a los altares con anterioridad. Esto, aunque pudiera parecer como una minusvaloración del matrimonio Martin, es más acorde con su manera de ser y su humildad. Para ellos la primera plaza les hubiera sido algo poco cómodo. Está en la línea de la espiritualidad de la familia en la que la humildad era un aspecto fundamental; ya la madre de Luis Martin le decía: *Sé siempre muy humilde*. Y Luis durante toda su vida lo hizo así.

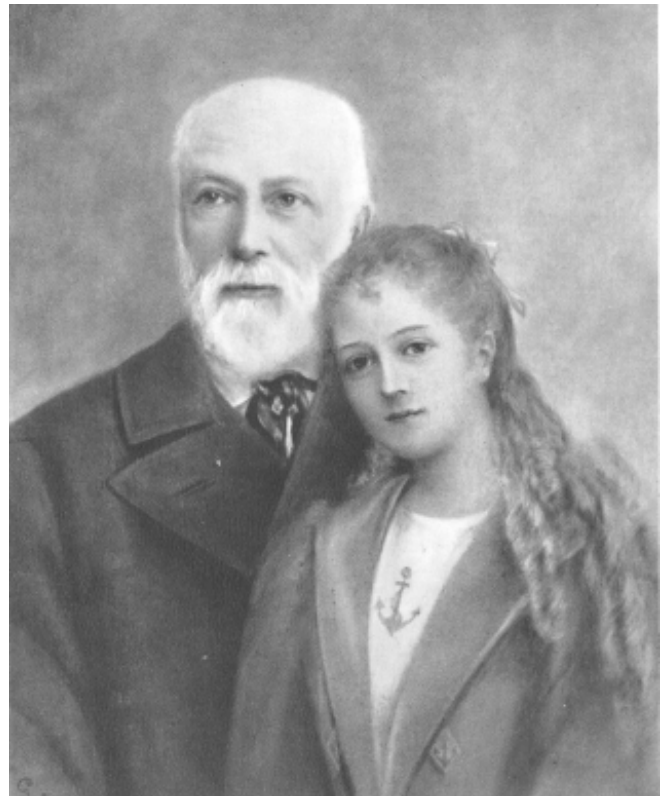
Esta beatificación de unos esposos es algo más significativo que una beatificación de unos esposos laicos, beatificados separadamente. La beatificación de laicos nos habla de modelos de santificación de la vida cotidiana de los seglares, y por tanto, de la vida del trabajo, de la familia, en general, de la vida en el mundo, pero la beatificación de un matrimonio nos habla, más específicamente, de la santificación en la vida conyugal, que no es lo mismo que en la vida laica. La Iglesia nos quiere mostrar la santificación de la vida esponsal, en cuanto fundadora de la familia y la raíz de toda la vida familiar, el nacimiento de los hijos, la educación, la formación, es decir, de aquello tan primario, originario y esencial para la vida del hombre, como es la familia.

Es claro que hay muchas personas casadas canonizadas y santas a lo largo de la historia de la Iglesia, pero como matrimonio, personas entregadas a

4. Santa Teresa de Lisieux, Manuscrito A, 82 rev.



*Teresa con su madre (dibujo de Celina Martin)*



*Teresa con su padre (dibujo de Celina Martin)*

amarse mutuamente, es un hecho reciente. Sin embargo en la Iglesia hay hechos similares, en los que la canonización de una persona por su santa relación familiar con otra le ha valido la santificación, me refiero en este momento a la relación maternal-filial de santa Mónica y su hijo san Agustín. Siempre se ha sentido en la Iglesia que las lágrimas y las oraciones de la madre, santa Mónica, fueron las que convirtieron a su hijo y le llevaron a él a la santidad, según confiesa el mismo santo doctor.

Similarmente ocurre con el matrimonio Martin, ellos no son santos individualmente sino que han formado una familia, en la que ha podido manifestarse la santidad en sus hijos, especialmente, en santa Teresita. Es decir, que al igual que santa Mónica, con su hijo, en los esposos Martin también sus trabajos y sus oraciones han dado como fruto la santidad de Teresa, es decir, que los esposos Martin son santos porque Teresita es santa.

Podemos afirmar pues, que así como santa Mónica está canonizada como madre de san Agustín, es decir, por su función maternal, y no lo está como esposa, en cambio, los esposos Martin no sólo han sido beatificados por su labor paternal y maternal, sino también como esposos, es decir, por la entrega mutua de su vida para la santificación propia y la del cónyuge, y así ha sido reconocida la vida esponsal como una propuesta de vía de santificación, que es doble, como donación mutua y como donación común de los dos a los otros.

### **Luis Martin y Celia Guérin, llamados al matrimonio**

**R**EFIRIÉNDONOS a la biografía de los nuevos beatos nos limitaremos a nominar hechos singulares, para no alargar este punto que en otro lugar ya se explica con más detalle.

Luis Martin era hijo de militar, el cual se retiró a Alençon, siendo él aún muy joven y allí pudo acabar de educarse y completar su carácter. Como es lógico el joven Luis heredó, aparte del gusto por lo militar, el amor a la naturaleza y las ganas de aventura de su padre y, también una fuerte religiosidad que en aquellos años aún tenían los militares franceses, pero que ya el nuevo régimen, fruto de la Revolución francesa, iba limando. A pesar de ello no se dedica a lo militar sino que se dedica a la relojería y, con ello completa su carácter con la minuciosidad, el detallismo, la laboriosidad y también el gusto artístico. Tras ser rechazado, que no convencido de que no tenía vocación religiosa, Luis pasa unos años pensando que él será soltero y dedicando su vida a hacer el bien y a ayudar a los demás, pero su madre le «ayudará» a conocer providencialmente a su futura esposa Celia.

Celia también era hija de militar, de pequeña era enfermiza y junto con este problema es de destacar que su madre, aunque era buena, la trataba con un cierto rigorismo. Este hecho lo comenta en una carta a su hermano Isidoro, diciéndole que así como ha estado muy cariñosa con él, que era varios años más

joven que ella, siempre era con ella muy severa<sup>5</sup>. De todas maneras este trato no afectó a Celia, pues en su familia, con sus hijas, destacará el afecto explícito, neto y claro que expresan todos los miembros de su familia, sin dejar de ser justa y recta. Es quizás el hecho más claro en la familia Martin, el afecto y la ternura entre todos sus miembros. También el padre de Celia, al jubilarse de su carrera militar, lo hace en Alençon, y este hecho hará que se encuentre con Luis. Celia, en su correspondencia, muestra tener unas cualidades extraordinarias para expresarse y lo hace de una forma muy rica pero muy fácil, de forma que el lector disfruta con su lectura. Ella en sus cartas explica que ya de pequeña tenía cualidades para escribir y llegó a ganar varios premios en el colegio. También Celia intentó ingresar en las Hijas de la Caridad de Alençon, pero la superiora la rechazó diciéndole que no era la voluntad divina. Este rechazo lo toma ella como la voluntad divina y entonces pide al Señor que pueda tener muchos hijos y consagrarlos todos al Señor. Es decir que en su determinación está primero que ella se ha de casar y que, ya que ella no ha podido consagrarse a Dios, pide al Señor que todos los frutos de su matrimonio se consagren a Dios. Se puede ver, con estos detalles, que la idea fundamental de la familia Martin era llevar los hijos a Dios.

Ambos no se conocían y podemos decir, sin duda, lo hicieron providencialmente en parte por la madre de él, y en parte por una inspiración tenida por Celia al encontrarse en el puente de San Leonardo de Alençon, sin conocerse. Todo ello los llevó a conocerse y al matrimonio.

Se casaron el día 21 de julio de 1858 y entre el año de la boda y 1873 nacieron nueve hijos, de los cuales murieron cuatro. Estos cuatro hijos que a muy pequeña edad fueron al cielo, serán los angelitos que estarán presentes siempre en la vida de la familia, en las oraciones, en los recuerdos, tanto de los padres como de las hermanas.

### La familia Martin: criar los hijos para el cielo

Los hijos, para Luis y Celia, son aquello para lo cual viven: desde que los tienen su dedicación a ellos es total. Ellos dan el sentido completo a su vida. Escribe Celia en una carta: *Cuando hemos tenido a nuestros hijos, ya no vivíamos más que para ellos; eran toda nuestra felicidad, y no la hemos encontrado nunca en otro lugar que en ellos; para mí era la gran compensación, por esto*

5. Carta de Celia Guérin a su hermano Isidoro, 27 de junio de 1865.

*deseaba tener muchos con la finalidad de criarlos para el cielo*<sup>6</sup>. Es decir, que el sentido tangible de su vida eran los hijos, pero no se acababa aquí, sino que los hijos, que eran la felicidad tangible, eran el camino para ir a encontrar la felicidad definitiva, Dios, al que querían llevar los hijos.

El espíritu de trabajo era una de las grandes virtudes en el matrimonio Martin y, por tanto, en el ambiente familiar. Pero este espíritu de trabajo estaba situado en su punto, es decir, que no robaba tiempo a otras cosas. Teniendo el negocio en casa, es muy fácil que el trabajo tome el tiempo a otras cosas, pero en casa Martin no era así. También el trato y el amor a las personas que trabajaban, estaban por encima del hecho económico. Todas las empleadas sabían que cualquier necesidad o dificultad familiar era, para Luis y Celia, lo primero. Pero no sólo ellos sino todas las personas necesitadas, encontraban en casa Martin acogida. La caridad en aquella casa era lo que más se repartía, tanto económica como de donación personal de los padres e hijos. También el respeto a los preceptos de la Iglesia, por ejemplo guardando la fiesta dominical, predominaba sobre el beneficio económico que el trabajo en aquel día pudiera ocasionar, porque el domingo por la mañana en Alençon era como un día de mercado y las tiendas permanecían abiertas.

Aparte del trabajo, la vida familiar se asentaba principalmente sobre dos pilares que eran la educación de los hijos y la orientación hacia Dios, es decir, la vida de piedad y la práctica religiosa. La vida interna de la familia era tan rica que apenas quedaba tiempo para relacionarse socialmente, y cuando lo hacían era más bien con gente de niveles sociales iguales o más bajos, pues las clases sociales superiores hubieran sido más bien un estorbo para la educación.

### La vida ofrecida a Dios a través de la enfermedad

EN agosto del año 1877 muere Celia de un cáncer de mama después de unos meses de sufrimiento físico y, sin duda, de sufrimiento moral, pues dejaba a la familia en un momento en que ella creía que la necesitaban. Fue la culminación de una vida de entrega y sacrificio, que supo ofrecer a Dios unida a la cruz de Cristo. Ello afectó profundamente a su esposo Luis que dejó algunas de sus aficiones para dedicarse más a sus hijas. Por

6. Cadéot, Robert, *Luis Martin, padre incomparable de santa Teresita*, Ed. de Espiritualidad, pag. 69.

el bien de ellas abandona Alençon y se trasladan a Lisieux, donde viven sus cuñados Isidoro Guérin y Celina Fournet y sus hijas, muy amigas de las cinco hijas de Luis y Celia.

Si la vida de la familia Martin en Alençon estuvo marcada por el nacimiento de los nueve hijos, la vida de la familia en Lisieux estará marcado por la entrada de las cinco hijas en religión. Después de la entrada de Paulina en el Carmelo de Lisieux en 1882 se sucedieron las entradas de María<sup>7</sup> y Leonia,<sup>8</sup> hasta la entrada de Teresita en 1888. Sólo Celina, que ingresó más tarde, quedaba en casa, así como también Leonia en ciertas épocas.

La última época de la familia Martin está centrada en la enfermedad del padre, Luis Martin. En mayo de 1888, Luis fue a Alençon, ciudad que tenía todos sus recuerdos de joven y de su esposa Celia, y, en la misma iglesia donde había celebrado su matrimonio, y se ofreció como víctima, como le dijo a sus hijas: *Hijas mías, regreso de Alençon, en donde en la iglesia de Nuestra Señora he recibido gracias tan grandes, consuelos tales, que he hecho esta oración: ¡Dios mío, es demasiado!, soy demasiado feliz, no es posible ir al cielo de esta manera, quiero sufrir algo por Vos, y me he ofrecido.*<sup>9</sup> Aunque no se indica cómo fue este ofrecimiento de sí mismo, podemos suponer que fue parecido al que hizo santa Teresita, años más tarde, como víctima al Amor misericordioso.

Al poco tiempo empezaron a aparecer síntomas de la enfermedad que padeció, una arteriosclerosis cerebral que le comporta ataques de parálisis, problemas de demencia, síntomas de violencia, él que era una persona pacífica y tranquila. Aunque Luis había sido en su juventud y edad madura una persona con vivacidad o una cierta irascibilidad, había dominado esta pasión, como confiesa Teresita que su padre, en la época que ella lo trató más íntimamente, tenía la virtud de ser una persona dulce y mansa y, por lo tanto, choca ahora esta irascibilidad en el momento de la enfermedad. La virtud de la mansedumbre es una virtud que Jesús dice que pertenece a su corazón. La conducta de Luis hace que deba ser ingresado en el hospital del Buen Salvador en Caen.

El encierro y la distancia entre padre e hijas hace que esta situación sea para todos ellos un fuerte golpe. Pues el padre, a pesar de esta situación de dolor físico y las lagunas mentales, tiene muchos momentos de clarividencia y puede pensar en lo que le está

sucedendo y al mismo tiempo piensa en su soledad, pues sus hijas no pueden ir a verle. Esto mismo les sucede a las hijas, pues sufren por el mismo sufrimiento físico y la invalidez del padre, por la lejanía, física y mental, en que se encuentra. También les produce mucho daño las causas a las que atribuye la gente esta enfermedad, a la rigurosidad en la educación, al abandono del hogar de las hijas religiosas, a la entrada de Teresita, tan joven, en el Carmelo, etc.; todo ello causó en todos los miembros de la familia mucho sufrimiento, como confiesa Teresita en sus manuscritos. Luis Martin, viendo en otra persona la enfermedad que él tendría más tarde, había dicho: Esta es la prueba más grande de las pruebas que el hombre pueda sufrir<sup>10</sup>. Esta fue la prueba que él recibió.

### La infancia espiritual se aprende en la vida familiar

No hay duda que la santidad de estos nuevos beatos tiene una relación muy próxima con la santidad de la hija, Teresita. La espiritualidad que hace a Teresita la santa más grande de los tiempos modernos, la que nos ha enseñado el corazón del Evangelio, en el siglo xx, es decir, la humildad, la confianza, el abandono, el amor, el sacrificio, todos estos elementos que aporta Teresita a la Iglesia, ella es doctora de la Iglesia, están en su familia, los aprendió en su vida familiar, es decir, que la infancia espiritual es una espiritualidad familiar.

La idea de infancia es la que vive un niño en casa de sus padres, el abandono y la confianza es la que tiene el niño en los brazos de su padre. La infancia se refiere a los niños, o mejor, a los hijos con relación a sus padres. Nosotros en esta vía de la infancia nos hemos de sentir niños, hijos del Padre, Dios, en esta relación de familia. Hemos de entender el mensaje del Evangelio y las relaciones de Dios y los hombres como unas relaciones en las que la familia es el modelo, tal como lo entendemos nosotros a la medida humana. Es en la familia donde nosotros aprendemos a amar, a sacrificarnos, a ser humildes, a ceder ante los otros. Por eso la beatificación de los padres de santa Teresita nos enseña el papel y la relación esencial del matrimonio y de la familia en el mensaje de santa Teresita. La familia es un lugar privilegiado para vivir en la tierra la vida trinitaria, como lo hizo la familia de Nazaret, modelo de familia cristiana, de la cual la vida de los esposos Martin es un ejemplo concreto de cómo puede hacerse realidad en nuestra sociedad y en nuestro tiempo.

7. Ingresó en el Carmelo de Lisieux en el año 1886.

8. Tuvo varios intentos de ingresar en las Clarisas de Alençon, y en la Visitación de Caen, hasta que en 1899, quedó en este último convento.

9. Cadéot, Robert, ob. cit., pag.19.

10. Cadéot, Robert, ob. cit., pag.18.

## «Si hubiera sido educada por unos padres sin virtud...»

GERARDO MANRESA PRESAS

**L**A correspondencia de Celia Guérin nos descubre, entre otras cosas, la labor de los Martin en la educación de sus hijas. Si todas las hijas hubieran sido dóciles y de fácil carácter, se hubiera podido dar esta excusa al analizar la labor de dichos padres, pero, gracias a Dios, no fue así y las preocupaciones causadas, principalmente, por el comportamiento de Leonia, sin olvidar que también las otras hermanas lo necesitaron, han hecho que la labor educativa de estos padres resaltara y dieran la razón a santa Teresita, cuando en sus manuscritos autobiográficos dice: «Con una naturaleza como la mía, si hubiera sido educada por unos padres sin virtud, me habría vuelto muy mala y tal vez me habría perdido».<sup>1</sup> Si lo pensamos bien esto no es una exageración, pues una niña como Teresita, simpática, mona, alegre, inteligente, etc., rodeada de un ambiente que la hubiera admirado y cantado sus cualidades, es muy seguro que el camino que hubiera seguido no habría sido el mismo. La virtud de los padres se mostró en la educación de sus hijas y las dificultades creadas por el carácter de Leonia, sobre todo, han hecho descubrir los caminos empleados en esta educación.

En lo que concierne a Leonia, debe decirse que su retraso afectivo e intelectual, motivado por causa de una sucesión ininterrumpida de enfermedades, exigía una atención muy particular. Por este complejo de inferioridad, era como ingobernable y casi enigmática. Celia<sup>2</sup> no ignoraba que la confianza es el alma de la educación, y lo intentó todo para ganarse este corazón replegado sobre sí mismo. Celia quería que sus hijas fueran expansivas, abiertas y alegres. A fuerza de amor, ella despertaba la confianza o la confesión, pero, al mismo tiempo, sabía mostrarse firme, no dejando pasar ni la obstinación, ni el capricho. Ella estimulaba la generosidad de sus hijas y se servía de los sucesos diarios para enseñarles a vencerse, insistiendo en la fidelidad al deber del estado. Contaba también, para corregirla y educarla, con la ayuda de su hermana

visitandina, que estaba en el colegio de la Visitación de Mans. Pero, principalmente, es ella la que se cree responsable de la educación de Leonia. Dice el Catecismo de la Iglesia católica: «El papel de los padres en la educación es de una importancia tal que es casi imposible sustituirlos. Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos. Ellos manifiestan esta responsabilidad, ante todo, por la creación de un hogar, donde la ternura, el perdón, el respeto, la fidelidad y el servicio desinteresado son la norma. (...) Ellos enseñarán a los hijos a subordinar las dimensiones físicas e instintivas a las dimensiones interiores y espirituales».<sup>3</sup>

Educar es, también, formar el sentido moral y la conciencia. «Una conciencia bien formada es recta y verdadera. Ella formula sus juicios siguiendo la razón, conforme al bien verdadero querido por la sabiduría del Creador. La educación de la conciencia es indispensable a los seres humanos sometidos a influencias negativas y tentados por el pecado a preferir su propio juicio y recusar las enseñanzas autorizadas. La educación de la conciencia es una labor de toda la vida. Desde los primeros años, ella despierta al niño al conocimiento y a la práctica de la ley interior reconocida por la conciencia moral. Una educación prudente enseña la virtud, ella preserva o cura del miedo, del egoísmo y del orgullo, de los resentimientos de la culpabilidad y de los movimientos de complacencia, nacidos de la debilidad y de las faltas humanas. La educación de la conciencia garantiza la libertad y engendra la paz del corazón.»<sup>4</sup>

Sin embargo los cuidados afectuosos de la Sra. Martin no llegaban al fondo del espíritu de Leonia, que da la impresión de encerrarse en su terquedad. Para cambiar un poco el sistema de educación, la niña fue enviada al colegio de la Visitación de Mans, donde estaba la tía, sor M<sup>a</sup> Dositea y Paulina, su hermana, pero Leonia era demasiado caprichosa para atenerse a un reglamento, muy excitable para adaptarse a la vida común y muy tarda en seguir el curso normal de los estudios.

1. Manuscrito A, 8, rev.

2. Hablamos personalmente de Celia, porque ella es la que escribe la carta, pero la unidad de los esposos en esta labor educativa era total.

3. Catecismo de la Iglesia católica, 2221- 2223.

4. Catecismo de la Iglesia católica, 1783, 1784.



La mamá, en un momento determinado se siente decepcionada y escribe a su cuñada: «Yo tenía esperanzas de que mi hermana podría reformar a esta hija y estaba persuadida de que me la retendría; pero no ha sido posible, a pesar de la mejor voluntad, a no ser que la hubieran tenido separada de otras niñas. En cuanto se encuentra en compañía, no se domina y padece una disipación sin igual. En fin, tengo fe de que sólo un milagro puede alterar esta naturaleza. Es verdad que no merezco un milagro; sin embargo, espero contra toda esperanza. Cuanto más incorregible la veo, más me persuado de que Dios en su bondad no permitirá que continúe así.»<sup>5</sup> A pesar de ello, no se desanimó, cambió las formas de la educación ya llevándola al colegio, ya llevándola a clases particulares en Alençon, o recibiendo clases en casa por profesoras o por su hermana María. Esta última le pareció la mejor solución. Ella hace notar los menores signos de mejora. «Yo no estoy descontenta de mi Leonia —escribe un día—. Si yo pudiera llegar a triunfar de su tozudez, a suavizar un poco su carácter, lograríamos convertirla en una buena chica, entregada, sin lamentarse de su pena. Tiene una voluntad de hierro; cuando ella quiere una cosa, ella triunfa sobre todos los obstáculos hasta conseguirla. Pero no es muy devota; no ruega al Señor más que cuando no puede menos de hacerlo. Hoy, después del mediodía, le he hecho venir a mi lado para leerle algunas oraciones; pero bien pronto se ha cansado y me ha dicho: “Mamá, cuéntame la vida de Nuestro Señor Jesucristo”. No estaba dispuesta a referírsela, pues me fatigaría mucho y siempre tengo mal de garganta. Pero hice un esfuerzo y me puse a contársela. Cuando le hablaba de la Pasión, le asaltaban las lágrimas».<sup>6</sup> Pero algunas semanas más tarde, ella confía a Paulina: «Yo no lo consigo, ella hace lo que quiere y como quiere.»

Paralelamente a esta constante labor de padres, el ejemplo que daban a las hijas con su comportamiento de amor y generosidad a los demás influyó, no poco, en todas sus hijas y, sin duda, también en Leonia. La misa diaria a las cinco y media de la mañana, las comuniones siempre que podían, especialmente los primeros viernes, y el trato con los pobres que encontraban por la ciudad, que semanalmente eran llevados a casa para alimentarles, en la comida familiar junto con toda la familia, son actos que muestran y llenan la labor educacional que años más tarde hicieron decir a Teresita, «he tenido unos padres incomparables», «más dignos del cielo que de la tierra».

5. Carta a su cuñada, el 1 de junio de 1874.

6. Carta a su cuñada, el día 7 de septiembre de 1875.

## La confianza de Celia Martin en el Señor: «Él se rendirá a mis deseos»

UN pensamiento sostiene a Celia Guérin en su labor constante: ¡una niña con tantas oraciones y tantas angustias no puede peligrar! Rezar por los hijos es parte de la labor educativa y, especialmente, de los padres y las madres. «Cuando se participa del amor salvador de Dios, se comprende que toda necesidad puede volverse objeto de petición. Cristo, quien lo asumió todo a fin de rescatarlo todo, es glorificado por las peticiones que nosotros hacemos al Padre en su Nombre.»<sup>7</sup> Celia, al mismo tiempo que hace todo lo que puede para educar a sus hijas, en especial a Leonia, espera una intervención del cielo: «Es verdad que no merezco un milagro; sin embargo, espero contra toda esperanza. Cuanto más incorregible la veo, más me persuado de que el Buen Dios no permitirá que ella quede así. Yo rezaré tanto, que Él se rendirá a mis deseos. A la edad de dieciocho meses, tuvo una enfermedad de la que debía morir; ¿por qué el Buen Dios la salvó de la muerte si no hubiera tenido en ella miradas de misericordia?».<sup>8</sup> Años más tarde, Teresita dirá: «Se obtiene del Buen Dios tanto como se espera.» La esperanza de Celia Guérin no se verá defraudada. La educación es, al mismo tiempo, la ocasión de la santificación de los padres, como indica el Catecismo: «Los hijos a su vez contribuyen al crecimiento de sus padres hacia la santidad.»<sup>9</sup>

En la visita que Celia hizo a su hermana visitandina enferma, en el convento de Mans, en el mes de enero de 1877, tuvo la sensación de que sería la última, pues estaba muy grave, y se limitó a hacer sus encargos para el cielo. Y así relata a su hermano Isidoro la demanda más urgente que hizo: «Yo le dije: tan pronto como te encuentres en el Paraíso, vas a ir en busca de la Virgen y le has de decir: ¡Madre mía bondadosa! Habéis dado un chasco a mi hermana, al tener por hija a esa pobre Leonia: no es como la niña que os había pedido; es necesario que reparéis lo hecho.» Después, procurarás estar con santa Margarita María y le dirás: ¿Por qué la habéis curado milagrosamente? Más hubiera valido dejarla morir: incumbe a vuestra conciencia el reparar la desgracia»<sup>10</sup>. Sor María Dositea, nombre de visitandina de María Luisa Guérin, reprendió a su querida hermana por el lenguaje, que ella entendía un tanto irrespetuoso.

Pocos días después también Leonia, que tiene por su tía un aprecio muy especial y en un momento de buenos sentimientos, le escribe una carta: «Cuando

7. Catecismo de la Iglesia católica, 2633.

8. Carta a su cuñada, el 1 de junio de 1874.

9. Catecismo de la Iglesia católica, 2227.

10. Carta a su cuñada, el 8 de enero de 1877.

estéis en el cielo pedid a Dios Nuestro Señor que, si le place, me conceda la gracia de convertirme, y asimismo que me conceda la vocación de llegar a ser verdadera religiosa, porque en esto pienso todos los días». La mamá, leída la carta, escribe: «Estoy esperando que quizás Dios tiene su destino misericordioso sobre esta hija. Si fuera necesario el sacrificio de mi vida, para que llegue a ser santa, yo lo haré de buena gana.»<sup>11</sup>

La tía visitandina, sor María Dositea,<sup>12</sup> muere en el monasterio de Mans, el día 24 de febrero de 1877. No tardó en realizar los encargos de su hermana: no habían pasado veinte días de su muerte cuando, al fin, se esclareció el misterio que pesaba sobre este destino.<sup>13</sup> El día 12 de marzo escribe: «Creo haber alcanzado una gracia singular por las oraciones de tu tía: le recomendé a mi Leonia: desde su entrada en el cielo creo recibir sus resultados. Tú sabes quién era tu hermana: un modelo de insubordinación, no habiendo llegado a obedecer sino por la fuerza; haciendo, por espíritu de contradicción, todo lo contrario de cuanto yo deseaba, aun cuando ella hubiera tenido deseo de hacerlo: en fin, no obedecía sino a la criada. Ensayé todos los medios a mi alcance para atraerla hacia mí; todo fue un fracaso hasta ese día y ésta era la más grande desazón sufrida en mi vida. Después de muerta tu tía, he venido suplicándole que me entregara el corazón de esta pobre hija, y, el domingo por la mañana, fui atendida. Lo ha conseguido tan completamente cuanto es posible; ahora no quiere apartarse de mí un momento; me abraza hasta sofocarme; hace cuanto le digo sin chistar; se pasa todo el día trabajando a mi lado.»<sup>14</sup>

Vencido el obstáculo, Celia Martin, sabiéndose enferma,<sup>15</sup> se lanza con ardor a inculcar en Leonia los mismos principios que han guiado la formación de sus otras hijas. La paciencia y la dulzura que usa con ella hacen que algunos la critiquen, pues les parecen excesivas. No hace caso, Luis y ella desde el principio saben cómo han de educar a sus hijas y se vuelcan en ella. Leonia continúa caprichosa y levantisca; aún impone sus caprichos a sus hermanas, todavía se enfada; es su lado negro y de momento no hay que dar importancia a esto. Lo esencial es que se comunique, que haga algún sacrificio, que trate de agradar a sus padres y, sobre todo, a Jesús. El itinerario está enderezado, a su tiempo vendrá lo demás. Celia está ya con la enfermedad que le llevará a la muerte, pero sus ansias de lanzarse a la educación de Leonia son tantas que confiesa en sus cartas: «Por esto, al pre-

sente tengo ganas de vivir, como no las he tenido hasta este día. Soy muy necesaria a esta hija; ausente yo, será muy desgraciada y nadie podrá hacerla obedecer, a no ser la que la martirizó. Pero tengo confianza en Dios; ahora le pido la gracia de dejarme aún vivir. Deseo, ciertamente que no me cure el mal, ni me prive de morir, pero sí que me conceda el tiempo preciso para que Leonia no tenga necesidad de mí.»<sup>16</sup> Celia Martin moría el 28 de agosto de 1877.

Leonia continuó con su carácter, pero dejó de ser aquella niña que tantas preocupaciones causó a sus padres. A partir de ahora será una hija que se relacionará más con su padre y sus hermanas. Aun así, en octubre de 1886 ingresará, sin previo aviso a su padre, en las clarisas de Alençon, de donde saldrá dos meses más tarde y, años más tarde, ingresará infructuosamente en la Visitación de Caen,<sup>17</sup> de donde también saldrá por motivos de salud, falta de madurez y de adaptación a una vida contemplativa. La enfermedad del padre, al que juntamente con Celina cuidó con mucho cariño, y las conversaciones que mantenía con Teresita, ya carmelita, en el locutorio del monasterio de Lisieux, le fueron trayendo la madurez necesaria y, con ella, la paz a su alma y, tras la muerte de Teresita, consolada con el libro *Historia de un alma*, que adoptó como su guía espiritual, se cumplió completamente su petición a su tía en aquel mes de enero de 1877. Ingresó nuevamente en el monasterio de la Visitación de Caen, en enero de 1899, donde vivió una vida de confianza y abandono en el Señor, siendo su comportamiento ejemplar y dejando a su muerte un sello de santidad. Murió el 16 de junio de 1941, después de más de cuarenta y dos años de vida contemplativa.

El ejemplo que Luis y Celia Martin nos dan en la educación de sus hijos nos debe dar consuelo y ánimo a nosotros, padres del siglo XXI, pues nos enseñan que, por muy difícil que nos sea educar a nuestros hijos ante las dificultades del mundo presente, en el que se ha de remar a contracorriente, hemos de procurar hacer todo lo posible por nuestra parte para sacarlos adelante, sin ahorrar esfuerzo, pero siempre, y al mismo tiempo, hemos de rezar y confiar en el Señor que nunca es sordo a ninguna súplica, y mucho menos, a las que los padres hacen por la salvación de sus hijos, pues, como dice Cristo en el Evangelio: «Si vosotros, que sois malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?»<sup>18</sup>

11. Carta a su cuñada, el 18 de enero de 1877.

12. Su nombre antes de entrar en la Visitación era María Luisa Guérin.

13. El obstáculo que impedía que Celia Martin llegara al corazón de su hija era el comportamiento de la sirvienta Luisa, que adulándola la tenía dominada.

14. Carta a Paulina, el día 12 de marzo de 1877.

15. Celia Martin estaba enferma de un cáncer de mama.

16. Carta a Paulina, el día 22 de marzo de 1877.

17. El primer intento fue en junio de 1887 hasta enero de 1888 y el segundo fue en junio de 1893 hasta julio de 1895.

18. Lc 11,13.

# El hogar cristiano educa para la santidad

MARGARITA M<sup>a</sup> MANRESA

**L**A correspondencia de Celia Guérin recopilada en el libro *Cartas a mi familia*<sup>1</sup> es una ventana a través de la cual podemos ver claramente la vida del hogar Martin. En ella, esta madre de familia nos relata con espíritu de fe los nacimientos, las palabras de los niños, los pasatiempos colectivos, las enfermedades y las muertes para hacernos una idea casi perfecta del quehacer diario de la familia Martin.

Celia es una esposa y una madre cargada de trabajo entre la familia y el taller de encaje de Alençon. Nunca pierde el ánimo y la alegría y con una generosidad siempre fundamentada en la esperanza, se olvida de sí misma y encuentra tiempo para mantener una larga correspondencia con sus hijas internas en el colegio de la Visitación de Le Mans y con sus familiares de Lisieux.

La lectura de este libro se hace muy agradable, no solamente por la agilidad y su estilo nada rebuscado, sino sobre todo por la normalidad de lo que ocurre, siempre interpretado sobrenaturalmente por el matrimonio Martin-Guérin. Así pues, podemos tomarlo fácilmente como un ejemplo. Ya en el prólogo nos lo anuncia el padre Piat: «Celia Guérin fue una mujer normal y corriente que supo encontrar en su vocación de esposa y de madre la palanca para elevarse a una verdadera santidad».<sup>2</sup>

En las siguientes líneas se copian algunos extractos de cartas con los que se trata de mostrar la familia cristiana que formaron el matrimonio Martin-Guérin y el ambiente que reinaba en su hogar.

## Luis, su querido esposo

**C**ELIA tenía una gran admiración y amor por su marido y siempre fue para ella un consuelo y un apoyo. Ella era correspondida con el mismo amor y sus sentimientos vibraban al unísono.

Las cartas que dirige a su marido son de una delicadeza y dulzura sin igual. Están llenas de muestras de cariño y a pesar de sus múltiples responsabilidades no deja de pensar en él en el transcurso del día:

Querido Luis:

Esta mañana he recibido tu carta, que estaba esperando con gran impaciencia. Me he quedado muy extrañada al ver que, contra toda esperanza, has conseguido hacer algún negocio. Nuestra Señora de las Victorias te ha protegido. (...)

Cuando recibas esta carta, estaré ocupada en ordenarte el banco de trabajo; no te enfades, que no te perderé nada, ni siquiera un viejo cuadrante, ni siquiera un trozo de muelle, lo que se dice nada, y además te lo limpiaré todo por arriba y por abajo. No podrás decir «que no he hecho más que cambiar el polvo de sitio», pues no quedará ni una mota.

Les he dicho a las niñas que estabas en París y que habías pasado por Lisieux, y que volverías el jueves por la mañana, pero que no podrías ir a verlas a Le Mans, a pesar de que tenías muchas ganas de hacerlo.

Un abrazo con todo el corazón, hoy estoy tan feliz al pensar que volveré a verte, que no puedo trabajar.

Tu mujer, que te quiere más que a su vida.<sup>3</sup>

Una vez al año, en verano, la familia Martin procura reunirse con sus familiares de Lisieux. Es desde allí donde Celia, añorada, escribe estas líneas a su marido, tan aficionado a la pesca:

Las niñas están encantadas; si el tiempo fuese bueno, sería para ellas el colmo de la felicidad. Pero a mí me cuesta mucho más. Nada de eso me llama la atención. Me encuentro exactamente como los peces que tú sacas del agua: ya no están en su elemento y tienen que morir... A mí me ocurriría lo mismo si mi estancia aquí se prolongase mucho. No me siento a gusto, me encuentro fuera de lugar, y esto influye en lo físico y me hace sentirme casi enferma.

Sin embargo, reflexiono e intento sobreponerme. Te sigo con la mente durante todo el día y me digo por dentro: «En este momento está haciendo tal cosa». No veo la hora de volver a tu lado, querido Luis, y hasta siento que se redobla mi cariño al faltarme tu presencia; no puedo vivir alejada de ti.<sup>4</sup>

El conocimiento mutuo de los esposos y la con-

1. *Cartas a mi familia*. Celia Guérin. Ed. Monte Carmelo. 2000.

2. *Cartas a mi familia*, Prólogo p.11.

3. Al Sr. Martin, en viaje de negocios 1869. Carta 46.

4. Al Sr. Martin, Lisieux, 30 agosto 1873.

fianza entre ellos era muy profunda, tal y como se refleja en esta graciosa carta:

En cuanto a los Ejercicios Espirituales de María en la Visitación, ya sabes lo poco que le gusta (a papá) separarse de vosotras, y en un primer momento dijo expresamente que no. Yo le vi tan firmemente decidido, que no intenté defender la causa; al contrario, me mostré de acuerdo con él, aunque en el fondo estaba totalmente decidida a volver a la carga.

Ayer tarde, María se quejaba de eso. Yo le dije: «Déjame a mí. Siempre consigo lo que quiero, y sin peleas. Todavía falta un mes hasta entonces: suficiente para convencer a papá diez veces».

Y no me equivocaba, pues menos de una hora más tarde, cuando volvió, se puso a hablar amistosamente con tu hermana, que en esos momentos estaba trabajando muy ocupada. «Vaya –pensé–, éste es el momento...». E insinué el tema. «¿O sea, que tienes muchas ganas de hacer esos Ejercicios?», le dijo papá a María. «Sí, papá». «Bueno, pues vete».

Y eso que ayer mismo, él, que no le gustan ni las salidas ni los gastos, me decía: «No quiero que vaya, y no irá. Todos esos viajes a Le Mans y a Lisieux son el cuento de nunca acabar».

Yo le seguí la corriente, pero con mis reservas mentales. ¡Hace mucho que conozco los trucos del oficio! Por eso, cuando le digo a alguien: ‘Mi marido no quiere’, es que yo tengo tan pocas ganas como él de hacerlo. Porque cuando mis razones son justas, sé bien cómo convencerlo, y creo que tenía buenas razones para querer que María fuese a los Ejercicios.

Es cierto que es un gasto, pero el dinero no cuenta cuando se trata de la santificación y de la perfección de un alma, y el año pasado María me vino totalmente transformada, y aún duran los frutos; sin embargo, es el tiempo de que renueve sus provisiones. Además, en el fondo eso mismo es lo que piensa papá, y por eso cedió tan bondadosamente.<sup>5</sup>

Celia sabía bien qué debía hacer una mujer para hacer feliz a un marido. Así se lo expone a su hermano Isidoro que estaba estudiando farmacia en París:

Por lo visto, sigues pensando en la Srta. X. Creo que estás loco... Tengo una idea fija: te romperás la crisma, tanto con esa como con las demás, porque sólo te fijas en las cosas superficiales: en la hermosura, en la riqueza, y no te preocupas por las cualidades que constituyen la felicidad de un marido o por los defectos que le ocasionan la desolación o la ruina. Ya sabes que no todo lo que brilla es oro; lo esencial es buscar una

5. A Paulina, 10 mayo 1877.

auténtica mujer de su casa, que no tenga miedo a mancharse las manos trabajando y que no le guste arreglarse más de lo debido, y que sepa educar a sus hijos en el trabajo y en la piedad. Una mujer así te daría miedo, no es bastante brillante a los ojos del mundo. Pero las personas de sentido común preferirían una carente de todo y sin nada a otra con cincuenta mil francos de dote y carente de esas cualidades.<sup>6</sup>

## Sentido del trabajo

**C**ELIA era feliz estando con sus hijos. Son muchas las cartas donde lamenta tener que dedicarse al negocio del encaje de Alençon aun creyendo, junto con su marido, que era lo que debían hacer para el bien de ellas.

¡Pero es un trabajo tan dulce dedicarse a los hijos! Si no tuviese que hacer más que eso, creo que sería la mujer más feliz del mundo. Pero su padre y yo tenemos que trabajar para proporcionarles una dote; de lo contrario, cuando sean mayores, no estarían contentos de nosotros.<sup>7</sup>

Lo que me mueve no es el deseo de amontonar una fortuna mayor: tengo más de lo que nunca he deseado. Pero creo que sería una locura de mi parte abandonar esta empresa teniendo cinco hijas que situar. Por ellas debo ir hasta el final. (...). ¡Éste es mi mayor pesar!<sup>8</sup>

En una correspondencia a su hermano se aprecia el profundo conocimiento de las tentaciones que conlleva el éxito en el trabajo:

Bien sabes que todos estamos inclinados al orgullo, y con frecuencia he observado que los que han hecho fortuna son la mayoría de las veces unos engreídos insoportables. No digo que yo hubiese llegado hasta ahí, y tú tampoco, pero ese orgullo nos habría manchado, poco o mucho. Además, es cierto que la continua prosperidad aleja de Dios. Él nunca ha llevado a sus elegidos por ese camino, sino que antes han pasado por el crisol del sufrimiento para purificarse.<sup>9</sup>

6. A su hermano Isidoro, 14 julio 1864. Isidoro Guérin se casó en 1866 con Celina Fournet, una mujer incomparable de la que Celia escribe a su hermana salesa: «*Me he quedado encantada de nuestro viaje a Lisieux. Tengo una cuñada de una bondad y una dulzura incomparables. María dice que no le encuentra ni un solo defecto, y yo tampoco.*» A sor María Dositea 31 agosto 1875.

7. A su cuñada, 14 de abril de 1868.

8. A su cuñada, 6 de febrero de 1876.

9. A Isidoro, julio de 1872.

## La alegría y la piedad en la educación de los hijos

**A** través de las cartas de Celia vemos el alegre ambiente que se respiraba en la familia Martin y los «derroches» de cariño entre los que crecían las hijas.

Y voy a contarte una aventura que nos ocurrió ayer tarde. La criada estaba secando los cacharros, era ya de noche y se disponía a cortar el pan para la sopa cuando la llamaron para algo. Leonia, que siempre está dispuesta a ayudarla, coge el pan y se pone a cortarlo. Y por fin, están listos el pan y la sopa; era una sopa de puré de guisantes, que tanto le gusta a María, que precisamente estaba diciendo: «Hoy papá tiene una cena importante en la casa del Sr. Vidal, pero no comerá una sopa tan buena como esta».

Nos sentamos todos a la mesa. Empieza a servir la sopa, pero no podía meter el cazo hasta el fondo: encontraba una enorme resistencia. Le digo a Luisa: «¿Qué habéis echado? No logro encontrar el pan, no hay más que legumbre en el fondo de la sopera».

Finalmente intento sacar aquella especie de tapón que seguía ofreciendo resistencia, y después de muchos esfuerzos voy y saco... el paño de secar los cacharros. Leonia había cortado el pan encima, sin darse cuenta...

La sopa no la comimos, pero reírnos nos reímos mucho.<sup>10</sup>

Ya llegan los días buenos y, con ellos, las ganas de correr. Yo misma siento necesidad de hacerlo y muchas veces pienso que, si no tuviese este encaje de Alençon que me detiene, me iría todos los días al campo con mis hijas.<sup>11</sup>

Ayer recibí el paquete con todas esas cosas, tan buenas y tan bonitas, que me habías anunciado. La verdad es que tendría que echarte una buena reprimenda. ¡Eres de lo que no hay! ¡Mandas aguinaldos para cinco niños, y todas cosas caras! Y ni si quiera te basta con eso, ¡sino que mandas también para mí! No hay derecho.

En fin, ahora que te he reñido, tendré que empezar a darte las gracias. Empezaré diciéndote que eres demasiado buena con nosotros y que, a pesar de todas esas mis salvedades, te estoy muy agradecida y te deseo prosperidad con toda el alma.<sup>12</sup>

Como tampoco he olvidado el 8 de diciembre de 1860, día en que pedí a nuestra Madre del cielo que me diese una Paulinita; y no puedo pensar en

ello sin echarme a reír, porque era ni más ni menos como una niña que le pide una muñeca a su madre, y me portaba lo mismo que ella. Quería tener una Paulina como la que tengo, y ponía los puntos sobre las íes, no fuera a ser que la Santísima Virgen no entendiese bien lo que quería. Ciertamente, y lo primero de todo, tenía que ser una almita hermosa, capaz de hacerse santa, pero quería que fuese muy linda. En esto último, no es muy guapa que digamos, pero a mí me parece bonita y muy bonita, ¡pues es así como la quería yo!

Este año, iré también a ver a la Santísima Virgen muy de mañana, pues quiero ser la primera en llegar. Le ofreceré un cirio, como siempre, pero no le pediré más niñas; le pediré únicamente que las que me ha dado sean todas santas y que en eso las siga yo de cerca, pero tienen que ser mucho mejores que yo.<sup>13</sup>

La caridad que tienen los padres tratan de transmitirla a sus hijas tal y como podemos leer en distintas cartas a su hija Paulina:

Ya te hablé de un pobre hombre al que conocemos desde esta primavera y que estaba en la más profunda miseria, pues no tenía donde meterse y vivía en un cobertizo sin puerta, de manera que se le helaron los dedos y los pies. Nadie se ocupaba de él, no pedía nada, sólo iba a la puerta del cuartel para conseguir un poco de rancho, estaba muriéndose de hambre. Papá lo había visto a la puerta del Hotel de Francia en un estado tan miserable y con un aspecto tan bondadoso, que se interesó por él. Yo quise saber más de él, me acerqué también al pobre hombre, lo traje a casa y le hice unas preguntas. Entonces descubrí que casi chocheaba y que iba vegetando sin ninguna ayuda. Le pedí que viniese aquí siempre que necesitase algo, pero nunca volvió.

Finalmente, al empezar el invierno, papá lo encontró un domingo que hacía mucho frío; tenía los pies descalzos y tiritaba de frío. Movido a compasión hacia aquel desventurado, empezó a hacer toda clase de gestiones para que pudiese entrar en el Hospicio. ¡Cuántas vueltas tuvo que dar y cuántas cartas escribió para conseguir su fe de bautismo! ¡Y cuántas solicitudes! Y todo para nada, pues se descubrió que el pobre hombre no tenía más que sesenta y siete años, tres menos de la edad requerida.

Con todo, papá no se dio por vencido; se había tomado el asunto a pechos y volvió a apuntar todas sus baterías para hacerlo entrar en los Incurables. El pobre hombre tenía una hernia, pero allí no se suele recibir a nadie por tan poca cosa, y yo no tenía ninguna esperanza. Papá fue a sacarlo del cobertizo el martes por la tarde. Hoy volvió a ver al anciano, que lloraba de alegría al verse tan fe-

10. A Paulina, 21 de enero de 1877.

11. A Paulina 26 de marzo de 1876.

12. A su cuñada, 24 de diciembre de 1874.

13. A Paulina, 5 de diciembre de 1875.

liz; a pesar de su mente debilitada, se esforzaba por dar las gracias y demostrar su gratitud.<sup>14</sup>

Luis y Celia son buenos conocedores del carácter y necesidades de cada hija y sobre todo su bien espiritual. El desprendimiento de estos padres en pos de Dios se puede apreciar en los párrafos siguientes no sin dolor ni sacrificio.

No estoy nada descontenta de mi Leonia. Si pudiésemos conseguir que superase su terquedad y que suavizase su temperamento, haríamos de ella una buena chica, servicial y sin miedo a las dificultades. Tiene una voluntad de hierro y, cuando se propone algo, supera todos los obstáculos para lograr su objetivo.

Pero no es nada piadosa. Sólo reza cuando no tiene más remedio. Esta tarde le mandé venir a mi lado para hacerla leer unas oraciones, pero se cansó pronto y me dijo: «Mamá, cuéntame la vida de nuestro Señor Jesucristo». Yo no tenía muchas ganas de contárselas, pues eso me cansa mucho y todavía me sigue doliendo la garganta. Pero bueno, hice un esfuerzo y le conté la vida de Nuestro Señor. Cuando llegué a la Pasión, le vencieron las lágrimas. Me gustó verla con esos sentimientos.<sup>15</sup>

Una noche, hace muy poco, mientras rezaba mis oraciones después de leer a santa Chantal, pensé de pronto que María iba a ser monja; pero no me detuve en ello, porque tengo observado que siempre ocurre lo contrario de lo que yo preveo.

No se lo digas a ella, pues podría imaginarse que lo estoy deseando, y la verdad es que sólo lo deseo si es la voluntad de Dios. Con tal de que siga la vocación que Dios le dé, yo seré feliz.<sup>16</sup>

La educación abarcaba los más mínimos detalles como el vestir cristiano:

Pero tengo demasiadas preocupaciones para estar completamente tranquila: preocupaciones por la ropa que nunca se acaba... Ayer dediqué toda la mañana a comprar un conjunto completo para María: un precioso vestido y un abrigo muy a su gusto. Ahora tengo que volver a empezar con Leonia: pensaba darle tu vestido, pero entonces María estaría demasiado guapa a su lado; y todo tiene que estar a tono.

En fin, que todos los días estoy de compras. Papá dice en son de broma que es una pasión que tengo... Y por más que le explico que no puedo hacer otra cosa, le cuesta trabajo creerlo. Pero se fía de mí y sabe bien que no voy a arruinarlo... Te digo esto para que te rías un poco.<sup>17</sup>

Hoy [María] estrena un precioso sombrero: nun-

ca había tenido uno tan bonito, aunque no es muy lujoso, porque me esmero porque vaya siempre bien vestida, aunque con sencillez.<sup>18</sup>

**«En paz me duermo y al punto descanso, porque sólo Tú, Señor, me has afirmado en la esperanza»<sup>19</sup>**

**L**A muerte de su sobrino nos permite conocer la profundísima esperanza y abnegación ante la Providencia del matrimonio Martin. Así lo vemos en una carta a su querida cuñada:

Siento profundamente la desgracia que acaba de afligirte. Realmente estás siendo muy probada. Es uno de tus primeros pesares, ¡pobre hermanita mía! Que Dios te conceda la gracia de resignarte a su santa voluntad. Tu hijito querido está ya con Él, te ve, te ama, y un día lo volverás a encontrar. Éste es un gran consuelo que yo he experimentado y que aún experimento.

Cuando yo cerraba los ojos de mis queridos hijos y los amortajaba, sentía un dolor enorme, pero siempre fue un dolor resignado. No lamentaba los sufrimientos y las preocupaciones que había soportado por ellos. Muchos me decían: «Valdría más no haberlos tenido nunca». Pero yo no podía soportar ese lenguaje. No creía que los sufrimientos y las preocupaciones pudiesen ponerse en la misma balanza que la felicidad eterna de mis hijos. Además, no los había perdido para siempre: la vida es corta y está llena de calamidades, y volveremos a encontrarlos en el cielo.

Cuando más sentí la dicha de tener un hijo en el cielo fue sobre todo a la muerte del primero. Pues Dios me demostró de forma sensible que aceptaba mi sacrificio. Y, por intercesión de ese angelito, he obtenido una gracia muy extraordinaria.<sup>20</sup>

Hasta el último momento de su vida, Celia Martin estuvo pendiente de su familia. En el lecho de muerte se preocupó por ellos. Así es como nos lo relata el padre Piat:

Llegaron a Alençon (su hermano Isidoro y su cuñada) al atardecer del 27 de agosto. Celia, que ya no podía hablar, dirigió una profunda mirada a su cuñada, que leyó en ella la misión que le confiaba de hacer de madre para sus hijas. Al comenzar el día 28 de agosto, a las 00'30 horas entregó serenamente su alma a Dios.<sup>21</sup>

¡Beatos Luis y Celia Martin: Rogad por nosotros!

18. A Paulina, de noviembre de 1875.

19. Salmo 4, 10.

20. A su cuñada, 17 de octubre de 1871.

21. *Cartas a mi familia*. Celia Guérin. Ed. Monte Carmelo. 2000. Apéndice p.507.

# La enfermedad de Luis Martin: la más amarga y humillante de todas

RAMÓN DE SAGRERA

**D**URANTE muchos siglos los seres humanos han vivido sin hacerse controles de salud, como se hace en la actualidad: las técnicas médicas no estaban tan extendidas, ni la medicina estaba tan desarrollada como ahora. Ejemplo claro de ello: en el siglo XIX había un desconocimiento bastante extendido de la histología, ciencia que estudia los tejidos o, incluso de la sangre, sus grupos, la tensión arterial y sus posibles influencias. Esto impidió durante muchos años hacer diagnósticos sobre enfermedades que eran, al menos parcialmente, desconocidas o provocaba diagnósticos que hoy podemos llamar erróneos, pues conocemos más detalles y se puede diagnosticar mejor.

La salud de Luis Martin fue uno de estos casos. Aunque parecía que toda su vida estuvo bien de salud, los estudios actuales muestran ciertos síntomas que, aunque durante la mayor parte de su vida apenas le afectaron, al final de la misma salieron a relucir.

No vamos a hacer un estudio del enfermo, que no es lo que toca aquí, sino tan solo recordar las enfermedades de juventud que pudieron tener consecuencias en su senectud.

Aunque el punto de partida de la gravedad de su enfermedad fue después de su ofrecimiento como víctima en la iglesia de Nuestra Señora de Alençon, en mayo de 1888, el 1 de mayo del año anterior, 1887 había sufrido ya un fuerte ataque de apoplejía en el lado izquierdo, que él quiso disimular, pues, apoyado en sus hijas, Celina y Teresa, quiso ir a la iglesia para asistir al inicio del mes de mayo. De este ataque se recuperó parcialmente y en octubre pudo peregrinar, con Teresa y Celina, a Roma con motivo del XXV aniversario del papado de León XIII. En su manuscrito A, Teresa refiere que su padre no viajó a Nápoles y Pompeya con la peregrinación, pues estaba cansado. Regresó de Roma el 2 de diciembre, sensiblemente agotado. De todas formas, acompañó a Teresa a ver al obispo de Bayeux, tantas veces como fue necesario, para conseguir su entrada en el Carmelo de Lisieux. Hasta la entrada de Teresa en el Carmelo, el día 9 de abril de 1888, la situación se mantuvo estable. Al mes siguiente, Luis Martin se ofrece como víctima al Señor. Apenas un mes más tarde, el 23 de junio, Luis Martin se va de su casa sin decir nada a Celina y el 27 escribe un telegrama desde el Havre pidiendo dinero. Celina y su tío Isidoro van a buscarle. Este es el detonante de la caída de la salud. A partir de aquí fue degeneran-

do hasta llegar el famoso día 12 de febrero de 1889 en que tuvo que ser ingresado en el hospital del Buen Salvador de Caen.

La enfermedad que padece, ya de por sí es de las más humillantes. Hoy día ya la conocemos: una arteriosclerosis cerebral complicada con otras enfermedades anteriores que complicaron la situación, como una nefritis urémica, provocada por hipertensión, así como un epiteloma provocado por una picadura de una mosca carbuncosa detrás de una oreja, que durante años le molestó, pero que se fue extendiendo poco a poco y también le afectó al cerebro.

En esta situación, la persona queda en muchos momentos enajenada y pierde completamente el dominio de sí mismo, pero al mismo tiempo hay largos momentos en que lo recupera y entonces se da cuenta de su situación. Ya él había dicho, de otra persona que se encontraba en esta situación, que era la prueba más grande que se podía sufrir.

El dolor de la familia debía de ser grande, pero siendo como era toda la familia de gran confianza en Dios y de abandono en sus brazos, no creo que sólo la enfermedad pudiera llevarles al extremo de considerarlo, como dice Teresa en sus manuscritos, *la más amarga, la más humillante de todas las copas*.

En mi opinión, la razón que hizo que esta enfermedad fuera *la más amarga, la más humillante de todas las copas* para toda la familia, fueron las razones que dio la gente para explicarla: en primer lugar y, sobre todo, el acusar a las hijas de abandonar a su padre, especialmente a Teresa; también la rígida educación de los padres a las hijas, pero sobre todo los comentarios que se hicieron sobre el diagnóstico que se dio en aquella época. El diagnóstico que se dio fue el de una meningo-encefalitis sifilítica. Los comentarios que sobre ello aparecieron por la maledicencia de la gente criticando a la familia, esos sí que debían afectar gravemente a todas las hijas y al padre mismo, en sus momentos de lucidez. Entonces sí queda justificada la cruz tan grande que tenían Teresa y sus hermanas, por la situación de su padre.

Pero toda la familia soportó de forma tan ejemplar aquella cruz, con una sumisión tan grande a Dios, Padre amoroso, que hoy podemos venerar a aquellos padres y a aquella hija en los altares y sentimos un afecto espiritual muy grande por todas las otras hermanas.

# «Las familias tienen con los Martin un verdadero modelo»

NICOLÁS ECHAVE, SDB

## El domingo 19 de octubre

**H**ACE once años, la copatrona mundial de las misiones, Teresa del Niño Jesús, fue proclamada doctora de la Iglesia por Juan Pablo II en una Jornada Mundial de las Misiones, el 19 de octubre de 1997.

Once años después, en otro 19 de octubre, también Jornada Mundial de las Misiones, la basílica de la localidad francesa de Lisieux acogía la beatificación de los padres de santa Teresita, Luis Martin y Celia Guérin, que se han convertido así en el segundo matrimonio beatificado de la historia, porque en octubre de 2001 –también en pleno Sínodo de los Obispos–, fueron beatificados conjuntamente los esposos italianos Luigi Beltrame Quattrocchi y Maria Corsini.

El prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, el cardenal José Saraiva Martins, presidió la ceremonia, a la que asistieron más de diez mil personas, entre ellas diversos políticos franceses como la ministra de Vivienda Christine Boutin y el vicepresidente tercero del Parlamento español, Jorge Fernández Díaz.

«Las familias tienen con los Martin un verdadero modelo», afirmó el cardenal, un ejemplo de respeto y armonía conyugal, en medio de la «gran crisis de la familia en que vivimos» que puede «estimular a los hogares cristianos en la práctica integral de las virtudes cristianas, como estimuló el deseo de santidad en Teresa».

Para el cardenal Saraiva, quien confesó que el nuevo matrimonio beato le hacía pensar en sus padres, Luis y Celia son «un don para los esposos de todas las edades por la estima, el respeto y la armonía con que se amaron durante 19 años», «un don para los padres» y «para todos aquellos que han perdido a su esposo o esposa», ya que el marido «vivió la pérdida de su esposa con fe y generosidad, prefi-

riendo el bien de sus hijos a sus gustos personales», y finalmente «un don para quienes afrontan la enfermedad y la muerte», pues «en nuestro mundo, que trata de ocultar la muerte, nos enseñan a mirarla cara a cara, abandonándose en Dios».

## El Papa desde Pompeya

**D**esde el santuario de Pompeya, cerca de Nápoles, el Papa también destacó el ejemplo de amor y de fe de la pareja: «Estos nuevos beatos han acompañado y compartido, con su oración y su testimonio evangélico, el camino de su hija llamada por el Señor a consagrarse a Él sin reservas entre las paredes del Carmelo», dijo.

«Con su vida de matrimonio ejemplar han anunciado el Evangelio de Cristo –dijo Benedicto XVI, en francés–. Han vivido ardientemente su fe y la han transmitido en su familia y a su alrededor». «Que su oración común sea fuente de alegría y de esperanza para todos los padres y todas las familias», añadió.

## Invitaban a los pobres a comer a casa

**L**UIS nació en 1823 y Celia en 1831. Luis Martin, a los 20 años, era relojero, vivía en Suiza y quería ser monje, pero en el monasterio montañoso del Gran San Bernardo no admitían a nadie que no supiese latín. Celia también intentó ingresar en las Hermanas de San Vicente de Paúl, en Alençon, pero no le vieron vocación.

Se conocieron en Alençon y se casaron en 1858. Él trabajaba de relojero y ella de bordadora, con 18 obreras a su cargo.

Al principio, pensaron vivir sin mantener relaciones sexuales, pero su confesor les hizo cambiar de idea y tuvieron nueve hijos. Las 218 cartas que se conservan de Celia, de 1863 hasta su muerte en 1877, registran el ritmo de la vida con la guerra de 1870, las crisis económicas, los nacimientos y las muertes de cuatro bebés. Misa diaria a las cinco y media de la mañana, ángelus y vísperas, reposo en domingo, ayunos en Cuaresma y Adviento... pero también bromas y juegos, y a Luis que le gustaba pescar y jugar al billar. Invitaban a pobres a comer

«Es el Evangelio, el corazón mismo del Evangelio, lo que ha vuelto a encontrar»

Pío XII sobre santa Teresa del Niño Jesús



*El niño Pietro Schiliro, curado por la intercesión de los nuevos beatos, junto al cardenal Saraiva Martins*



FOTO MARIA JOSÉ LASHERAS

en su casa y visitaban ancianos. Enseñaron a sus hijas a tratar a los pobres como iguales.

Tras la muerte de la esposa a causa de un cáncer, Luis se trasladó con sus cinco hijas a Lisieux, donde tenía un hermano, y donde tres de ellas entraron a la vida religiosa en el monasterio del Carmelo, entre ellas Teresa, que vivió allí desde los 15 años hasta su muerte, a los 24 años.

La santa muestra en sus escritos un gran afecto y admiración por su padre, que le facilitó el camino hacia la infancia espiritual y el amor sencillo y filial a Dios. También recuerda a su madre como una santa, aunque sólo tenía cuatro años cuando murió.

### La curación de Pietro Schiliro

**M**UCHOS han propuesto su vida de santidad cotidiana como modelo para nuestra época de familias rotas y desestructuradas. Faltaba un milagro, y el del bebé Pietro Schiliro, con su informe médico de 967 páginas, ha permitido beatificar a los Martin Guérin.

Pietro Schiliro nació en Milán el 25 de mayo de 2002. No podía respirar apenas, le practicaron técnicas de reanimación. «Malformación congénita con grave subversión de estructura pulmonar», se lee en el parte médico. Los médicos dijeron que moriría en cuestión de semanas. El día que lo bautizaron, 3 de junio, un sacerdote propuso a sus padres que pidieran la intercesión de los padres de santa Teresita.

Amigos y desconocidos rezaron con ellos durante días. El 29 de junio, los médicos admitieron que

el bebé mejoraba. Se curó por completo, sin explicación médica, y el 27 de julio estaba en casa. Pietro, de 6 años, y su familia, acudieron a la beatificación en Lisieux.

### La lección de los Martin

**E**L compromiso eclesial de los esposos Martin nos recuerda que «la futura evangelización depende, en gran parte, de la iglesia doméstica» (Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 52), tiene el aroma de la ternura. Interpela su forma de vida. Ambos eran trabajadores, pero no delegaron la formación de los hijos a otros. Conciliaron las exigencias de su actividad comercial con las de la familia y los hijos.

«¿Cuál es el secreto del éxito en su vida cristiana?», cuestionó el cardenal Saraiva; y contestó: «han caminado junto a Dios en búsqueda de la voluntad del Señor» y para estar seguros de cumplir su plan han mirado siempre a la Iglesia «experta en humanidad, buscando conformarse en todos los aspectos de su vida a las enseñanzas de la Iglesia». «Han servido primero a Dios en el pobre, no por simple generosidad, ni justicia social, sino simplemente porque el pobre es Jesús. Servir al pobre es servir a Jesús y darle a Dios lo que es de Dios», añadió.

Los restos mortales de los Martin Guérin fueron trasladados el domingo 19 de octubre en un relicario a la basílica de Lisieux. La sepultura de su hija santa Teresa recibe cada año a setecientos cincuenta peregrinos.

# NAVIDAD 2008

*CRISTIANDAD desea a todos sus lectores y colaboradores  
la paz y el gozo de la Navidad*



## La Niña a quien dijo el Ángel

La Niña a quien dijo el Ángel  
que estaba de gracia llena,  
cuando de ser de Dios madre  
le trujo tan altas nuevas,

ya le mira en un pesebre,  
llorando lágrimas tiernas,  
que obligándose a ser hombre,  
también se obliga a sus penas.

¿Qué tenéis, dulce Jesús?,  
le dice la Niña bella;  
¿tan presto sentís mis ojos  
el dolor de mi pobreza?

Yo no tengo otros palacios  
en que recibiros pueda,  
sino mis brazos y pechos,  
que os regalan y sustentan.

No puedo más, amor mío,  
porque si yo más pudiera,  
Vos sabéis que vuestros cielos  
envidiaran mi riqueza.

El niño recién nacido  
no mueve la pura lengua,  
aunque es la sabiduría  
de su eterno Padre inmensa.

Mas revelándole al alma  
de la Virgen la respuesta,  
cubrió de sueño en sus brazos  
blandamente sus estrellas.

Ella entonces desatando  
la voz regalada y tierna,  
así tuvo a su armonía  
la de los cielos suspensa.

Pues andáis en las palmas,  
Ángeles santos,  
que se duerme mi niño,  
tened los ramos.

Palmas de Belén  
que mueven airados  
los furiosos vientos  
que suenan tanto.  
No le hagáis ruido,  
corred más paso,  
que se duerme mi niño,  
tened los ramos.

El niño divino,  
que está cansado  
de llorar en la tierra  
por su descanso,  
sosegar quiere un poco  
del tierno llanto,  
que se duerme mi niño,  
tened los ramos.  
Rigurosos yelos  
le están cercando,  
ya veis que no tengo  
con qué guardarlo.

Ángeles divinos  
que vais volando,  
que se duerme mi niño,  
tened los ramos.

LOPE DE VEGA

# La historia evangélica de la infancia de Jesús

GUILLERMO PONS PONS

**E**L cristiano que lee con atención y sin prejuicios los relatos evangélicos de la infancia del Salvador queda impresionado por su belleza literaria y por el contenido espiritual que encierran. Es lógico y natural que acerca de esos hechos escritos en el comienzo de los evangelios de Mateo y de Lucas, el lector trate de descubrir cuál sea la realidad histórica que en tales textos subyace. Surgen, en efecto, espontáneas preguntas: ¿Cuál es el género literario de estos capítulos? ¿De dónde habrán provenido las informaciones acerca de estos relatos? ¿Podremos saber cuál es la garantía histórica de sus fuentes informativas?

Tales preguntas es legítimo que se las haga especialmente un cristiano, y merecen unas respuestas que sean iluminadoras, que estén fundadas en razones sólidas y que vayan de acuerdo con la divina revelación, que es la que configura los mensajes de la Sagrada Escritura y de la Tradición cristiana.

Por desgracia, hoy día son bastante frecuentes a ese respecto no pocas explicaciones que devalúan la historicidad de tales pasajes; pero hay suficientes motivos para pensar que esas apreciaciones carecen de suficientes garantías, o bien que responden a una difusa tendencia a desconfiar de algunas premisas de orden religioso, o que no valoran debidamente los postulados de orden teológico como el de la «analogía de la fe». Muchos de esos juicios, por otra parte, se basan en simples sospechas y, sin embargo, sus autores se atreven con bastante audacia a sembrar dudas y a descalificar las afirmaciones tradicionales, sin temor a desvirtuar una indudable concordancia explicativa que se ha manifestado a través de los siglos en las enseñanzas de los Santos Padres y de exegetas prestigiosos, y que tienden a prescindir de los apoyos que pueden descubrirse en unos muy válidos testimonios o paralelismo que dimanen de fuentes de los primeros siglos del cristianismo.

Se nos presentan, por ejemplo, algunas rotundas afirmaciones acerca de que en los relatos de la infancia del Salvador y en otros referentes a su ministerio público no se ha de buscar la veracidad histórica, sino su contenido teológico, «un mensaje de vida eterna, a saber: que Jesús es el Mesías esperado desde toda la eternidad [?] por los hombres (Mateo), y que Él es superior a cualquiera otra persona que nosotros conozcamos, por grande que ella sea (Lucas)».<sup>1</sup>

1. ARIEL ÁLVAREZ VALDÉS, «¿Cómo fue la infancia de Jesús?»: *Tierra Santa*, 83 (2007) 292.

En el reciente y muy divulgado libro *Jesús. Aproximación histórica* nos encontramos con una sumaria exposición sobre el mismo asunto, en la que se dice que acerca de esos escritos sobre la infancia de Jesús «el análisis de los procedimientos literarios utilizados muestra que más que relatos de carácter biográfico son composiciones cristianas elaboradas a la luz de la fe en Cristo resucitado» y después se añade: «Jesús nació probablemente en Nazaret. Sólo en los evangelios de la infancia de Mateo y Lucas se nos habla de su nacimiento en Belén; lo hacen seguramente por razones teológicas, como cumplimiento de las palabras de Miqueas, un profeta del siglo VIII a. de C., que dice así: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judá, pues de ti saldrá un jefe que será pastor de mi pueblo, Israel” (Miqueas 5,1)» Y luego se presenta como argumento de tal opinión simplemente el que Jesús era conocido como «el Nazareno»,<sup>2</sup> siendo así que esto puede explicarse sin dificultad alguna por su prolongada permanencia en Nazaret durante una gran parte de su vida.

Muy diverso ciertamente y muy iluminador resulta el criterio que hallamos expresado en el prólogo con el que Benedicto XVI encabeza su libro *Jesús de Nazaret*, aunque en él no se refiera expresamente a los escritos evangélicos sobre la infancia del Salvador, pero sí al género literario que cabe asignar a los evangelios canónicos: «Para mi presentación de Jesús esto significa, sobre todo, que confío en los Evangelios. Naturalmente doy por descontado todo lo que el Concilio y la exégesis moderna dicen sobre los géneros literarios, sobre la intencionalidad de las afirmaciones, el contexto comunitario de los Evangelios y su modo de hablar en este contexto vivo. Aun aceptando todo esto, en cuanto me era posible, he intentado presentar al Jesús de los Evangelios como el Jesús real, como el “Jesús histórico” en sentido propio y verdadero».<sup>3</sup> Esperamos con especial confianza e interés el capítulo que el Santo Padre piensa dedicar a los evangelios de la infancia en la segunda parte de su obra, según lo anuncia en el citado prólogo.<sup>4</sup>

2. JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica* (Madrid 2007) 39.

3. Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret* (Madrid 2007) 18.

4. *Ibid.*, 20-21.

Mi intención es ahora simplemente recoger algunos testimonios de exegetas, de historiadores y de experimentados comentaristas de los textos bíblicos, en cuyos escritos y enseñanzas se avala y se pone de relieve la historicidad de los evangelios de la infancia de Jesús, al menos por lo que respecta a los núcleos esenciales de esos relatos evangélicos, a pesar de que no se trate de asegurar que tengan un contenido de carácter biográfico en el sentido actual de esos estudios históricos. Se pone de manifiesto también que en cuanto a tales relatos se pueden encontrar avales bien comprobables.

Como norma interpretativa básica es importante el poner de relieve que, siguiendo los provechosos estudios de crítica histórica y literaria sobre los evangelios, resulta muy claro que sus relatos no pueden calificarse como pertenecientes a determinados géneros literarios rabínicos o como basados únicamente en tradiciones lejanas de unos hechos incontrolables transmitidos a manera de narraciones míticas; sino que más bien los Evangelios constituyen un género literario propio, que podemos llamar simplemente «evangélico», el cual transmite enseñanzas de fe y doctrinas empapadas de teología, pero fundadas en acontecimientos históricos y enseñanzas transmitidas por quienes escucharon a Jesús, le siguieron y le amaron. En estas sensatas comprobaciones radica el valor espiritual y la realidad viva del conocimiento de la persona divina de Cristo, el Verbo de Dios, que «se hizo hombre y habitó entre nosotros».<sup>5</sup>

Esta misma línea de valoración acerca de los Evangelios es la que hallamos en la constitución *Dei Verbum* del concilio Vaticano II, que dice: «La santa Madre Iglesia, firme y constantemente, ha creído y cree que los cuatro referidos Evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilar, comunican fielmente lo que Jesús Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día en que fue elevado al cielo».<sup>6</sup>

### La anunciación a María en Nazaret

El relato que hace Lucas acerca del mensaje recibido por María de parte de Dios se refiere a que ella ha de ser la madre del Mesías prometido, al cual concebirá sin concurso de varón. Es evidente que este anuncio hecho a la Virgen forma parte del núcleo de la fe en el misterio de la Encarnación. Tanto si este mensaje de la venida del Salvador y de la maternidad virginal le fue transmitido mediante la aparición del ángel, como en el caso

de que le hubiera sido comunicado mediante una iluminación interior de orden místico, debemos comprender que el evangelista hubo de basarse en un testimonio cuyo origen no podía ser más que el proveniente de la Madre misma de Jesús.<sup>7</sup>

¿Cómo llegaron a Lucas las informaciones sobre el anuncio que María había recibido acerca de su maravillosa maternidad? Para tratar de hallar una respuesta a esa pregunta, en primer lugar debemos examinar el prólogo que el hagiógrafo antepone a su evangelio, en el cual advierte que ha puesto sumo cuidado en investigar cuidadosamente las fuentes existentes, dado que ya se habían realizado no pocos intentos a fin de narrar los acontecimientos relativos a Jesús. Y no hay ningún motivo crítico para pensar que los dos primeros capítulos se hayan intercalado entre el prólogo y el resto del evangelio de Lucas; antes bien su estilo y sus contenidos se manifiestan como formando parte de un armonioso conjunto. A propósito de ello el padre Cándido Pozo reafirma estas consideraciones diciendo: «Sería más que extraño suponer que Lucas ha escrito un prólogo insistiendo en que quiere escribir historia sobre la base del testimonio original de quienes fueron testigos oculares y ministros de la Palabra y en el sólido fundamento que constituye ese testimonio, para a continuación introducir dos capítulos de ficción piadosa».<sup>8</sup> Eso no implica, sin embargo, que los relatos de Lucas, basados en testimonios de origen histórico, no hayan sido contruidos de un modo artístico, y adornados de una forma literariamente bella con determinados pormenores teológicamente ilustrativos.

El diálogo, además, entre María y el ángel, en el que aparecen las dificultades o explicaciones que ella presenta al mensajero, induce a pensar que en realidad se trató de una aparición, más que de una ilustración mística interior en la cual parece que no resultaría adecuado ese intercambio de razonamientos. También en las comunicaciones divinas del Antiguo Testamento, los ángeles son los que se ocupan de manifestar las razones que afectan a los mensajes que comunican.

Resulta además significativo que en la narración de Lucas, por una parte se asegure la concepción virginal del Mesías, y por otra la ascendencia davídica del que va a nacer, la cual implica una paternidad por parte de José. No parece probable que esa aparente incongruencia hubiera figurado en un relato de piadosa ficción. La explicación de esa di-

7. Cf. JEAN DANIELOU, *Los evangelios de la infancia* (Herder, Barcelona 1969) 22.

8. CÁNDIDO POZO, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia* (BAC, Madrid 1985) 62.

5. Jn 1, 14.

6. *Dei Verbum*, 19.

***Estrella de plata que señala el lugar del nacimiento del Niño Jesús en la iglesia de la Natividad de Belén***



ficultad aparecerá en el evangelio de Mateo, donde se pondrá de manifiesto que a José le corresponderá el reconocimiento jurídico de Jesús, que implicará su verdadera pertenencia a la estirpe davídica, puesto que entre los hebreos era la paternidad legal, y no la biológica, la que otorgaba la inserción en un determinado linaje.

En cuanto al origen de las fuentes de que se sirvió Lucas para la composición de los dos capítulos sobre la infancia de Jesús y especialmente por lo que se refiere a su concepción virginal, podemos intuir que este misterio de la virginidad de la madre del Señor debió ser transmitido de una forma discreta y a través de personas estrechamente vinculadas con María. De ahí provendrían las noticias, quizá ya un tanto elaboradas literariamente, que le llegaron al evangelista Lucas.

Es muy posible que en los primeros años de la predicación apostólica la concepción virginal de Jesús no fuera conocida de todos los cristianos, pues provenía de una experiencia espiritual y muy íntima de María y que sólo la compartiera su santo esposo. Pero la Virgen pronto debió comprender que tratándose de una gracia tan ligada al misterio de la encarnación del Hijo de Dios debería ser transmitida discretamente a aquellos que habían recibido de Cristo el encargo del anuncio de las maravillas de Dios (*Mirabilia Dei*): «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor».<sup>9</sup>

Es muy congruente pensar que quienes primero recibieron esas manifestaciones fueran personas de confianza de María, quienes probablemente pertenecieran a los grupos de los familiares de Jesús, los

llamados «hermanos del Señor», que si al principio no comprendieron su manera de obrar, después de los acontecimientos pascuales quedaron muy integrados en la primitiva Iglesia y gozaron de una especial estima, de tal manera que figuran entre los dirigentes de importantes comunidades cristianas de Palestina. Y de algunos de sus descendientes sabemos que incluso sufrieron persecución y martirio por motivo de su parentesco con el Señor y por su condición de miembros de la estirpe davídica. Daniélou considera que la frase del evangelio de Lucas en que se dice. «María conservaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón»<sup>10</sup> vienen a ser una clara alusión a que a través de ella la comunidad judeocristiana fue conocedora de lo que María había experimentado y que luego fue recogido por el evangelista y presentado a la Iglesia ya ampliamente difundida por el mundo grecorromano. El mismo autor concluye que sería un grave error de método aquel que, partiendo de un concepto excesivamente estrecho del carácter kerigmático, rechazara los datos provenientes del medio familiar de Jesús.<sup>11</sup>

En el evangelio de Lucas, a pesar de la pureza de la elocución del idioma griego difundido por los ámbitos de cultura helenística, aparecen construcciones que transparentan el origen arameo de sus fuentes, lo cual no deja de ser un importante indicio de que transmite informaciones recibidas de testigos muy vinculados con comunidades cristianas palestinas muy antiguas, y no de composiciones tardías y literariamente muy creativas.

10. Lc 2, 19. Ver también Lc 2,51.

11. JEAN DANIELOU, *Los evangelios de la infancia*, cit., pp. 56-57.

9. Ap 15, 3.

El *Protoevangelio de Santiago* y la *Apología primera* del mártir Justino coinciden en una variante común respecto del Evangelio de Lucas. En el *Protoevangelio* leemos: «He aquí que un ángel se presentó delante de ella diciendo: No temas, María, pues has hallado gracia ante el Señor del universo. Concebirás de su Logos». Y en la *Apología* de san Justino se dice: «Así pues “una virgen tendrá en su seno” significa que la virgen concebirá sin unión carnal (pues de darse ésta, ya no sería virgen); sino que el Poder de Dios, viniendo sobre la virgen, la cubrió con su sombra e hizo que, siendo virgen, concibiese». Debemos tener presente que en el lenguaje de Justino el Poder de Dios se identifica con el Logos. Es decir, que en ambos escritos se considera que es el Verbo quien ha efectuado su propia concepción virginal.<sup>12</sup> Una tal coincidencia de dos escritores del siglo segundo, muy alejados geográficamente uno del otro, en esa especie de variante respecto del modo de expresarse del evangelio de Lucas, son datos que pueden ser un indicio de que hayan existido fuentes escritas anteriores a la composición del tercero de los evangelios canónicos, sobre todo si tenemos en cuenta que el *Protoevangelio*, aunque escrito en griego, no surgió en un contexto helenístico o palestino, sino en un ambiente siríaco o quizá copto, como se desprende de la redacción griega en la que aparecen modismos derivados de otras culturas.

En definitiva, el anuncio hecho a María del misterio de la Encarnación y acerca de cómo éste se efectuaría en su seno virginal es un hecho histórico y no una elucubración poética y piadosa. El eminente teólogo y exegeta padre Ignace de la Potterie lo analiza muy profundamente y dice así: «María, humilde hija de Israel –una verdadera hija de Sión– recibe de un ángel el anuncio de que ella va a ser la Madre del Mesías, hijo de David e Hijo de Dios. Junto con el prólogo del evangelio de Juan, mucho más conciso en esta materia, es este el más importante texto del Nuevo Testamento sobre la Encarnación y el más fundamental para la mariología».<sup>13</sup>

## El nacimiento de Jesús en Belén

No existen motivos sólidos para desconfiar de que Jesús en verdad haya nacido en la población de Belén. Las divergencias que pueden descubrirse, al menos en la manera de entender

y relatar los acontecimientos ocurridos en los primeros años de la infancia del Salvador, en vez de sugerirnos dudas sobre el lugar en donde nació Jesús, vienen a ser una garantía de veracidad por lo que toca a esa afirmación de que la natividad de Cristo ocurrió en Belén de Judá.

Los evangelios de Mateo y de Lucas, en efecto, en lo referente a la infancia de Jesús se basan en fuentes diferentes. En el de Lucas, María es la figura adulta más destacada, mientras que el de Mateo presenta como tal a José, y los relatos que contienen son bastante diversos. Y, sin embargo, en ambos se pone muy de relieve el hecho de que Jesús, que más tarde será conocido como el Nazareno, nació en la ciudad de David, o sea, en Belén de Éfrata, localidad poco distante de Jerusalén. El que ambos evangelios, partiendo de fuentes diversas, coincidan en señalar a Belén como el lugar en donde nació Jesús nos hace ver que se trata de un hecho bien conocido en las comunidades judeocristianas de primera hora.

En el evangelio de Mateo se pone especial interés en manifestar la ascendencia davídica de Jesús, pero también en Lucas es afirmada claramente. Este evangelista relaciona el desplazamiento de José y María a Belén con ciertas disposiciones relativas a un censo. La mención de un empadronamiento general efectuado por Quirino, gobernador de Siria, puede ser una simple alusión a un acontecimiento posterior y bien conocido que habría tenido un precedente en el reinado de Herodes, según consta por alguna inscripción epigráfica.<sup>14</sup> Esto no quiere decir, sin embargo que María y su esposo no tuvieran otros motivos para trasladarse a Belén, y quizá con la intención de establecerse en la ciudad de donde provenía José. Es plausible el pensar que ellos consideraran que aquel niño, cuyo nacimiento esperaban y que les enviaba Dios de un modo tan extraordinario, debía nacer en la ciudad de David.

Algunos insisten en considerar que los relatos sobre el nacimiento de Jesús en Belén tienen un carácter muy literario y fantasioso, y por eso pretenden que todo se reduzca a una invención idílica e ingenua o más bien cuajada de simbolismos, al estilo de géneros literarios rabínicos como el *midrás*, la *haggada*, etc. Estos modelos, sin embargo, difícilmente pueden aplicarse a los Evangelios, incluso a los de la infancia, en los que se intenta transmitir acontecimientos históricos, por más que pueda considerarse que se los adorna con detalles expresivos de carácter simbólico.

12. *El Protoevangelio de Santiago* (Ciudad Nueva, Madrid 1997) 110; *Apología primera de Justino*, 33, 4. Véase la introducción general al *Protoevangelio*, pp. 48-50.

13. IGNACIO DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza* (BAC, Madrid 1993) 32.

14. J. A. MARTÍNEZ CAMINO, *Jesús de Nazaret* (Edicel, Madrid 2008) 89.

Por otra parte, es preciso advertir que especialmente en Occidente estamos acostumbrados a interpretar los relatos del nacimiento de Jesús con una carga de leyendas que no tienen un fundamento válido en la correcta lectura de los textos evangélicos. Así sucede con la suposición de que José y María llegaron a Belén el mismo día del alumbramiento del Jesús, o que fueron rechazados por los parientes y vecinos. Nada más contrario a las costumbres de hospitalidad y alojamiento de entonces, cuando en las fiestas de peregrinación se reunían grandes multitudes sin que ello constituyera un problema. Podemos muy bien suponer que los esposos que llegaban desde Nazaret fueron cordialmente acogidos en casa de los parientes de José.

En referencia a que Jesús naciera en una cueva o establo, lo único que hallamos en el evangelio de Lucas es que María acostó al recién nacido en un pesebre «porque no había lugar para ellos en el alojamiento».<sup>15</sup> Esta última palabra es traducción del término griego «katálisma», que san Jerónimo tradujo como «diversorium» en latín, que significa posada o albergue, pero que en el griego bíblico significa más bien alojamiento o habitación, y que es la palabra con que el mismo evangelista designa la sala en la que Jesús celebró la Última Cena, y que en las casas rurales era la habitación común en la que convivían los moradores de una casa y en la que por las noches se tenían las esteras para el reposo, por lo cual María debió considerar que no era un lugar decoroso para dar a luz, y que por eso debió buscar acomodo en una de las cuevas o bodegas subterráneas que solían tener muchas casas de Belén, como se ha puesto de manifiesto en excavaciones arqueológicas recientes. Ya san Justino a mediados del siglo II habla de una gruta (*spelaios*) como lugar del nacimiento de Jesús<sup>16</sup> y Orígenes a mediados del siglo III añade que en Belén se puede ver «la gruta y en ella el pesebre».<sup>17</sup>

Esta explicación hace comprender que en ese punto no hay contradicción entre lo que narra Lucas y lo que dice el evangelio de Mateo que sitúa a Jesús niño en una casa (*oikian*) de Belén.<sup>18</sup> El apócrifo denominado *Ascensión de Isaías*, que puede datarse entre los años 100 y 150, sitúa el nacimiento de Jesús en una casa de Belén, ciudad en donde «se extendía la fama del niño».<sup>19</sup>

15. Lc 2, 7.

16. *Diálogo con Trifón*, 78.

17. *Contra Celso*, 1, 51.

18. Mt 2, 11.

19. *Ascensión de Isaías*, 11, 12: MARIO ERBETTA, *Gli Apocrifi del Nuovo Testamento*, 3, 202.

La narración sobre la presencia en Belén de unos magos de Oriente que veneran a Jesús y le ofrecen sus dones, junto con la persecución y la huida a Egipto constituyen una unidad literaria distinta de la del nacimiento. En ella se pone de relieve el que Jesús fue objeto de persecución a causa de su ascendencia davídica y la intencionalidad principal del escrito es manifestar que todas las naciones son llamadas a reconocer al Salvador del mundo. En muchos de los datos presentados subyace, sin embargo, un fondo histórico atendible. En la región de Belén, en efecto, existía una ruta por donde, según informa Diodoro Sículo, comerciantes nabateos transportaban «el incienso, la mirra y los aromas preciosos que traían de la Arabia llamada feliz».<sup>20</sup> Sabemos, además, que en regiones situadas al este del Jordán existían observatorios relacionados con una religiosidad y unos estudios de tipo astral. Estos datos nos ayudan a descubrir un sustrato histórico, que resulta interesante por su posible relación con el texto evangélico sobre los Magos de Oriente que llegaron a Belén.

El redactor del evangelio de Mateo debió hallar entre los grupos judeocristianos de la región de Belén unas tradiciones bastante elaboradas y bien enraizadas entre los habitantes del país. La crueldad de Herodes, su suspicacia respecto de los pertenecientes a la estirpe de David y su creencia en horóscopos y supersticiones son noticias bien conocidas. El recuerdo del infanticidio de Belén difícilmente hubiera sido recogido por la tradición local si no se apoyara en algún acontecimiento referente a un crimen o a una situación peligrosa que hubieran trastornado la vida de la comarca y provocado la huida de la familia de Jesús a un lugar más seguro y alejado de las insidias de la dinastía herodiana.

Que Egipto fuera el lugar de refugio para Jesús y sus padres tiene unas connotaciones simbólicas muy interesantes, que se ponen de relieve en un sinaxario copto en que se dice que el Señor quiso ir a las tierras del Nilo «para no privar a los habitantes de Egipto de la gracia de su presencia y para destruir los ídolos del país, cumpliéndose así la profecía que dice: He aquí que el Señor vendrá en una nube ligera y caerán ante él los ídolos de Egipto».<sup>21</sup> San Jerónimo interpretaba que la «nube ligera» significaba la virginidad de María.<sup>22</sup>

20. *Biblioteca histórica*, XXX, 9, 5.

21. *Testi mariani del primo millennio*, IV (Città Nuova, Roma 1991) 777.

22. *Comentario a Isaías*, 19, 1: PL 24, 250.

## Navidad: Dios se hace niño

RAMÓN GELPÍ SABATER  
www.christusregnat.com

8 *Había en la región unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando el rebaño.*

9 *Se les presentó un ángel del Señor, y les envolvió la luz de Dios y quedaron ellos sobrecogidos de gran temor.*

10 *Díjoles el ángel: No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría para todo el pueblo:*

11 *os ha nacido, en la ciudad de David, un salvador que es el Mesías, el Señor.*

12 *Esto tendréis por señal: encontraréis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.*

13 *Al instante se unió al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo:*

14 *«Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».*

15 *Así que los ángeles se fueron al cielo, se dijeron los pastores unos a otros: Vamos a Belén a ver esto que el Señor nos ha anunciado.*

16 *Fueron con presteza y encontraron a María, a José y al Niño acostado en un pesebre,*

17 *y viéndole, contaron lo que se les había dicho acerca del Niño.*

18 *Y cuantos los oían se maravillaban de lo que les decían los pastores.*

19 *María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.*

20 *Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había anunciado.*

(Lc 2,8-20)

### Los que reconocieron a Jesús Niño

El Hijo de Dios, para redimirnos, quiso nacer en humildad, y así fue como el divino parto tuvo lugar en la oscura soledad de la cueva o establo. Días vendrán, aunque no sabemos cuándo, en los que vendrá en gloria y majestad, a juzgar al mundo. Pero en Belén nació humilde e ignorado. Sólo unos pocos tuvieron el privilegio de reconocerlo, y esto fue por una acción extraordinaria de la Providencia, que así lo dispuso. Sabemos por los evangelios, que durante su infancia, Jesús pasó generalmente desapercibido, oculto, pero en algunas ocasiones Dios inspira



a algunos testigos el conocimiento de su presencia.

En primer lugar, san Lucas refiere un hecho extraordinario: Unos humildes pastores son anunciados por un ángel, del nacimiento del Mesías. Ocurre a poca distancia, por la ladera abajo, en una zona en que el terreno es propicio y varias grutas naturales permiten imaginar perfectamente la situación. En una de estas grutas, los peregrinos de Tierra Santa suelen oír misa cuando visitan el llamado «Campo de los Pastores», rememorando este anuncio angélico a los pastores de Belén.

Es de noche, de pronto «les envolvió la luz», es un hecho extraordinario dentro de un entorno ordinario, lo sobrenatural dentro de lo más natural: el Mesías es anunciado con gloria y poder, en la comunidad más humilde, entre unos pastores que guardan el ganado al raso.

Dios se hace asequible a los hombres sencillos, que podrán ir corriendo a adorarlo, porque Él también ha nacido humilde y sencillo. Nadie más sabrá de su existencia, pero el anuncio del ángel y la multitud angélica que le aclama, excederá toda comprensión humana. Como dirá más tarde el propio Jesús: «... Yo te alabo y te doy gracias Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñuelos ...» (Mt 11, 25).

Los pastores, siguiendo la narración de san Lucas: «Así que los ángeles se fueron al cielo», fueron a la



cueva y adoraron al Niño. La imaginería navideña, nos proporciona excelentes referencias para contemplar esta escena: buscan al Niño, acostado en un pesebre, le obsequian a Él y a sus padres con la sencillez de las gentes del campo, y explican «... *lo que se les había dicho acerca del Niño ...*»

La narración del evangelio denota entusiasmo, «*cuantos los oían se maravillaban*» y también se dice que «*los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto*». En tanto que «*María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*».

Y así podemos contemplar cómo, primero los humildes pastores, en la cueva, y después, en la casa, los Magos venidos del extranjero, adoraron a Dios hecho niño. Recordemos también el recibimiento profético que Simeón y Ana otorgan a Jesús al ser presentado en el Templo.

Muchos comentaristas suponen a Simeón permanentemente en el Templo, esperando al Mesías. Sin embargo, notemos que en la narración de san Lucas, va allí movido del Espíritu Santo. También ha habido quien ha supuesto que era, o había sido, sacerdote como Zacarías, el padre de Juan Bautista, pero no hay verdadera constancia de ello. Lo cierto es que tenía promesa divina de ver al Ungido antes de morir, y el evangelio da fe de su cumplimiento.

Simeón ve a la Sagrada Familia cuando ésta entra en el Templo. Probablemente en la puerta de la fachada sur, a la que se accedía a través de escalinatas que llevaban al Pórtico Real, porque era la entrada más lógica para alguien que viniera de Belén. El anciano, inspirado por Dios, los reconoce entre las muchas personas que vienen a la casa de Dios, probablemente con la misma finalidad que los padres de Jesús y pronuncia sus palabras proféticas: «... *han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos; luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel ...*»

José y María eran conscientes de quién era su hijo Jesús, pero no conocían lo que había de ocurrir en el futuro. Reciben con admiración y asombro la profecía de Simeón, y María queda especialmente conmovida por la «espada de dolor» que ha de herirla en algún momento de su vida, por causa de Jesús y su misión redentora. María, nuestra Madre Dolorosa, habrá de ser testigo del atroz sufrimiento de su Hijo, en su Pasión y muerte, y le tendrá en sus amorosos brazos cuando, descendido de la cruz con la ayuda de José de Arimatea y Nicodemo, muestre en su cuerpo las tremendas llagas y la profunda herida de su corazón traspasado. Este Hijo suyo, es ahora un niño de poco más de un mes, del que se anuncian grandes y admirables cosas, pero que nadie puede, ni siquiera imaginar, en qué forma tiene Dios planeado salvarnos de nuestros pecados. Simeón se lo



dice a la Virgen María, inspirado por el Espíritu Santo, y ella, como dirá san Lucas en otras ocasiones, «guardará estas cosas en su corazón».

## Dios nace Niño

La infancia de Jesús es siempre motivo de contemplación y da lugar a piadosas meditaciones. Que Dios quiso hacerse hombre, y padecer por nuestra salvación, en remisión de nuestros pecados, ya es algo absolutamente inconmensurable e incomprensible. Pero Dios no vino al mundo de forma espontánea siendo Jesús ya adulto, como afirman heréticamente algunos, que sitúan este hecho en el bautismo del Jordán –aunque más tarde acaban negando la divinidad– Dios se hizo Niño, con sus carencias físicas, con sus limitaciones, pero con su naturaleza divina desde el primer instante de su existencia, en el seno de la Virgen. Por esto, insistimos en este comentario: Dios se hizo Niño, con todas sus consecuencias. Como se reza en el Te Deum, «sin desdeñar el seno de la Virgen».

Contemplemos ahora a la Virgen María en su vocación maternal: el Hijo de Dios, débil e indefenso, como todos los recién nacidos, es cuidado, alimentado, limpiado y, sobre todo amado, por la más solícita de las madres. Jesús quiso asumir nuestra naturaleza en todo, excepto en el pecado. Y la asumió, incluso en aquellos males que padecemos por nuestra culpa original. Sufrió carencias y pobreza en su nacimiento, sufrió persecución en su vida pública, y llegó al mayor de estos males dando, en forma cruenta, su vida por nuestra redención.

(Nota: las dos ilustraciones de este artículo son pinturas de la iglesia del Campo de los Pastores, en las cercanías de Belén.)



## Pequeñas lecciones de historia

### «La prosperidad constante aleja de Dios»

GERARDO MANRESA

**E**N julio de 1872, Isidoro Guérin estaba muy preocupado porque su negocio de droguería no acababa de ir muy bien y temía sus consecuencias. Su hermana Celia, ya esposa de Luis Martin, le escribe para darle orientaciones en cuanto a los negocios, pero añade también consejos espirituales:

«Mi hermana me ha hablado mucho de tus negocios. Ella piensa que tú podrías tener un representante en varias ciudades. Yo creo que esto es tan difícil como alcanzar la luna con los dientes.

»Ya le tengo dicho que no hay por qué quebrantarse la cabeza en ello; que no hay que hacer sino una cosa: rogar a Dios, porque ni ella ni yo podemos ayudarte de otra manera. Así Él, a quien nada detiene, nos librará del mal cuando vea que ya hemos sufrido bastante y entonces te convencerás de que tus aciertos no se deben a sus aptitudes, ni a su inteligencia, sino sólo a Dios, como me ocurrió a mí en cuanto al punto de Alençon: esta convicción es muy saludable; yo misma la tengo comprobada.

»Sabes tú que todos somos inclinados al orgullo y yo tengo experimentado con frecuencia que los que tienen fortuna en su mayoría se conducen con una suficiencia insufrible. No digo que yo hubiera llegado a este extremo, ni tú tampoco, pero más o menos hubiéramos sido contagiados de este orgullo; además, es cierto que la prosperidad constante aleja de Dios. Nunca ha llevado a sus elegidos por este camino, antes han experimentado el crisol del sufrimiento para purificarse. Me vas a censurar que te escribo un sermón; muchas veces medito yo estas verdades y te las comunico; ahora, llámalo sermón, si quieres».

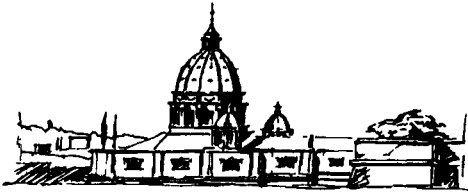
Si lo miramos bien todos experimentamos frecuentemente este hecho. Siempre que conseguimos algo nos vanagloriamos de ello y, pocas veces damos gracias a Dios y menos aún, cuando nos felicitan por ello, atribuimos a Dios el mérito; más bien, nos lo quedamos nosotros. Quizás, la primera vez, especialmente si venimos de varias desgracias, puede que demos gracias a Dios, pero a medida que las cosas nos van saliendo bien, cada vez nos acordamos menos del Señor y poco a poco nos vamos olvidando de Él, porque pensamos que, si sale una vez bien, puede ser que sea obra de Dios, pero si sale muchas veces bien, «algo debo poner yo».

Pensar en esta idea nos tendría que hacer más humildes, pero cuesta tanto... Sin embargo, creer que los éxitos en las cosas de la vida son nuestros es la cosa más común, no sólo hoy día, sino siempre, y no ocurre solamente en las personas individualmente, sino también a todos los grupos, naciones y pueblos.

El pueblo judío, fundado por Dios, pues fue Dios quien le dio a Abraham su descendencia contra toda esperanza, cuando era esclavo en Egipto, clamó durante años al Señor por su liberación y el Señor lo escuchó y por mano de Moisés, lo liberó de sus opresores atravesando a pie enjuto el mar Rojo, por obra de Dios. Al día siguiente todo el pueblo cantó un precioso canto de alabanza al Señor. Pero una vez libres se olvidaron de los beneficios del Señor y empezaron a murmurar contra Moisés. Después de llevarlos por el desierto durante cuarenta años, de victoria en victoria, por obra del Señor, se establecen en la tierra prometida y una vez instalados en ella, fueron creciendo y desarrollándose, y empezaron a olvidarse de que todo es obra de Dios y contravinieron la Ley de Dios y sus llamadas a través de los profetas y así, se casaron con mujeres extranjeras, aceptaron a dioses extraños, se aliaron con naciones gentiles, pues el progreso de su pueblo les había hecho olvidar a su Dios. Así el pueblo judío, cuando llegó el Mesías no le reconoció porque el orgullo le había cegado y así lleva errante veinte siglos, por no ser fiel a su Dios, hasta el día que Dios le haga volver a su sumisión.

Lo mismo se puede decir de la sociedad cristiana europea en el mundo actual. La evangelización cristiana durante muchos siglos había creado una sociedad que, aunque pecadora, reconocía a Dios y estaba sometida a Jesucristo, su Hijo, a través de su Iglesia, pero, iniciada la Edad Moderna con el racionalismo, el hombre se creyó ya con capacidad de entenderlo todo y, apenas empezó a descubrir algunas de las maravillas que Dios había hecho en el universo, fue pensando que ya lo conocía todo y que el hombre podía ilustrarse a sí mismo sin necesidad de tener que dar gracias a Dios, ni menos, someterse a su Iglesia. Esto que hace tres siglos se inició en círculos pequeños está alcanzando ahora a toda la sociedad y podemos observar que la prosperidad de que ha gozado la sociedad occidental la ha alejado de Dios y su orgullo le ha castigado, como fue castigado el pueblo judío. Como dice san Pablo en su epístola a los Romanos: «Que si algunas de las ramas quebradas, se desgajaron, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado en ellas y entraste a participar con ellas de la raíz, no te enorgullezcas contra las ramas; que si te enorgulleces, no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz a ti.»

¡Demos cada día gracias a Dios de todos los bienes que nos da, pues por nosotros no merecemos nada y permanezcamos siempre pequeños ante los dones recibidos de Dios!



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Beatificados 188 mártires japoneses

POCAS décadas después de ser evangelizada por san Francisco Javier la naciente Iglesia japonesa conocía su primera persecución. En ella fueron martirizados (crucificados en Nagasaki en 1597) san Pablo Miki y sus 205 compañeros mártires.

Pocos años más tarde (1603-1639) el odio anticristiano se desató de nuevo, cobrándose decenas de miles de vidas. Familias enteras fueron masacradas por no renegar del nombre de Jesús, mujeres quemadas vivas abrazadas a sus bebés mientras sus familiares rezaban: «Jesús, acoge sus almas», hombres, mujeres, jóvenes e incluso discapacitados crucificados y cortados en pedazos.

El jesuita Pedro Kibe fue torturado durante diez días consecutivos mientras alentaba a los catequizados martirizados junto a él. Uno de los testimonios más conmovedores es el de una familia entera de Kyoto, Juan Hashimoto Tahyoe y su mujer Thecla, martirizados junto con todos sus hijos el 6 de octubre de 1619. Los católicos que sobrevivieron a la persecución debieron ocultarse durante doscientos cincuenta años hasta la llegada de misioneros europeos en el siglo XIX.

Incoada la causa de algunos de estos mártires en 1984, el pasado 24 de noviembre llegaba a su término con la beatificación de san Pedro Kibe y 187 compañeros en Nagasaki en una emotiva ceremonia en la que participaron más de treinta mil personas. La celebración fue presidida por el cardenal Seiichi Peter Shirayanagi, arzobispo emérito de Tokio, con la presencia del cardenal José Saraiva Martins, prefecto emérito de la Congregación para las Causas de los Santos y enviado del Papa para la ocasión.

En la homilía, el cardenal Martins subrayó cómo el martirio es «el ejercicio más pleno de la libertad humana y el acto supremo del amor», recordando las palabras de san Agustín: «no es la condena o el tormento lo que hace al mártir, sino la causa o el motivo, que es Cristo».

## Cristo no puede estar en la escuela

EL Juzgado de lo Contencioso-administrativo número dos de Valladolid ha ordenado la retirada de símbolos religiosos —léase, cristianos— de las aulas y espacios comunes del colegio

público Macías Picavea en la primera sentencia en este sentido que se dicta en España. En el fallo, el juez indicó que la presencia de estos elementos religiosos vulnera derechos fundamentales recogidos en los artículos 14 y 16.1 de la Constitución, referentes a la igualdad y a la libertad de conciencia.

Quizás a alguien puede haber causado sorpresa este nuevo paso de la lucha del mundo contra Cristo y achacarla a la falta de «madurez democrática» de nuestras instituciones, es decir, a la falta de tolerancia de parte de la población española. Sin embargo, no vemos a qué puede deberse tal estuportino sino a la «feliz inconsecuencia» por la que no se han retirado antes dichos crucifijos o a las flojísimas razones con las que se ha intentado defender en los medios de comunicación la presencia de Cristo en las escuelas.

Los colegios no únicamente pueden sino que deben poner a Cristo, y sólo a Él, en las aulas porque no puede existir educación completa y perfecta si la educación no es cristiana. En efecto, puesto que la educación esencialmente consiste en la formación del hombre tal cual debe ser y como debe portarse en esta vida terrenal, a fin de conseguir el fin sublime para el cual fue creado, es evidente que no puede existir educación verdadera que no esté totalmente ordenada hacia Cristo, único que es camino, verdad y vida (cf. *Divini illius Magistri*, Pío XI). Y cabe recordar que es misión del Estado favorecer y ayudar a la iniciativa y acción de la Iglesia y de las familias, completando su obra donde ella no alcanza, ya que el poder del Estado le ha sido dado por Dios con el fin de proporcionar a los ciudadanos medios abundantes para vivir según las leyes de Dios, siendo obligación de los gobernantes no sólo procurar la prosperidad y los bienes exteriores sino también y «principalmente» los bienes del espíritu (cf. *Libertas*, León XIII).

## Beatificado el religioso cubano José Olallo

EN un acto sin precedentes en la historia de Cuba, el cardenal José Saraiva Martins elevó a la gloria de los altares al religioso cubano José Olallo durante la celebración eucarística que tuvo lugar en la plaza de la Libertad de Camagüey el pasado 30 de noviembre. Se trata del segundo

cubano beatificado después de que José López Piteira fuera beatificado junto a otros mártires de la persecución religiosa en España de los años treinta del siglo pasado.

El «padre Olallo», hermano de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, dedicó su vida (1820-1889) a atender a los leprosos, esclavos y pobres de Puerto Príncipe (hoy Camagüey), a unos quinientos kilómetros al este de La Habana. Allí llegó en su juventud para cuidar y asistir en el hospital San Juan de Dios a los enfermos de la epidemia de cólera de 1835. Su labor como religioso destacó en particular durante la Guerra de independencia de los diez años (1868-1878).

Fray Olallo falleció el 7 de marzo de 1889, en su humilde celda del hospital, a los 63 años de edad a causa de un aneurisma de la aorta abdominal. Su entierro en el Cementerio General fue una verdadera manifestación de duelo de todas las clases sociales de Camagüey.

### **Benedicto XVI recibe a Su Santidad Aram I**

**D**ENTRO de la cumbre ecuménica celebrada recientemente en el Vaticano, el Papa recibió el pasado 24 de noviembre a Su Santidad Aram I, patriarca apostólico de Cilicia de los armenios, con sede en Antelias (el Líbano), que se separó de Roma en el año 451 por divergencias, sobre todo de lenguaje, surgidas tras el Concilio de Calcedonia y la herejía monofisita.

En un encuentro marcado por el diálogo y la oración Benedicto XVI mostró su sufrimiento ante la difícil situación que viven los creyentes en el Líbano y Oriente Medio y rindió homenaje al testimonio cristiano ofrecido en la historia por la Iglesia apostólica, en particular durante el siglo XX, «un tiempo de inenarrable sufrimiento para su pueblo» a causa de la persecución otomana. «La fe y la devoción del pueblo armenio han sido apoyadas constantemente por el recuerdo de los numerosos mártires que testimoniaron el Evangelio en el transcurso de los siglos. Que la gracia de ese testimonio siga plasmando la cultura de su nación e inspirando a los seguidores de Cristo una confianza cada vez mayor en el poder salvífico de la cruz».

Finalmente, el Papa quiso poner de manifiesto los positivos contactos ecuménicos entre las dos Iglesias, afirmando la esperanza de que este diálogo continúe, pues «promete aclarar cuestiones teológicas que nos han dividido en el pasado, pero que ahora parecen abiertas a un mayor consenso».

### **El Tribunal Supremo exime a la Iglesia de registrar a los apóstatas**

**A**NTE la reclamación interpuesta por una persona que pretendía que se cancelara su inscripción en el Libro de Bautismo, la Agencia Española de Protección de Datos había resuelto favorablemente la denuncia al considerar los Libros de Bautismo como ficheros de datos en los que se podían añadir anotaciones de cancelaciones.

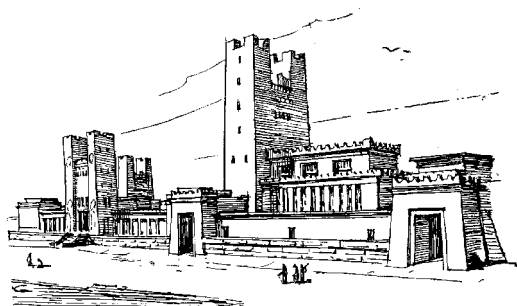
Ante una violación tan flagrante del derecho, el Arzobispado de Valencia presentó un recurso de casación por la vía contencioso-administrativa basado en el hecho de que los Libros de Bautismo no tienen la consideración de fichero, por lo que no están sujetos a la legislación en materia de protección de datos. Además, el Arzobispado recordó la inviolabilidad de los Libros de Bautismo y advirtió que la orden de la Agencia de Protección de Datos para que se añadiera por escrito a los apóstatas infringía el acuerdo de 1979 entre España y la Santa Sede sobre asuntos jurídicos, que expresa que el Estado y la Iglesia garantizarán la inviolabilidad y la confidencialidad de los archivos y registros de la Iglesia.

La Audiencia Nacional sentenció rechazando el recurso del Arzobispado contra la resolución de la Agencia Española de Protección de Datos. Sin embargo, ahora el Tribunal Supremo ha fallado a favor, anulando la sentencia de la Audiencia Nacional por no ser ajustada a derecho y eximiendo a todos los obispos españoles de registrar en estos archivos históricos a los apóstatas.

### **Los cristianos de Gaza no pueden celebrar Cristo Rey**

**L**AS autoridades israelíes han impedido la entrada en Gaza del nuncio en Israel y delegado apostólico, el arzobispo Antonio Franco, para celebrar la santa misa en la solemnidad de Cristo Rey. Así lo ha denunciado el patriarcado latino de Jerusalén que, tras realizar todas las gestiones reglamentarias ante el ministerio israelí de Asuntos Exteriores y ante el Alto Comando del Ejército israelí, ha visto como monseñor Franco era retenido en el puesto de control de Erez durante horas hasta que definitivamente le fue impedida la entrada a la zona.

El nuncio debía celebrar la misa de Cristo Rey para los fieles de la iglesia de la Sagrada Familia de Gaza con la intención de subrayar la cercanía de la Santa Sede a la población de la franja de Gaza que tanto sufre, y especialmente a las comunidades cristianas. Además, la celebración de esta misa era aún más importante pues la parroquia de Gaza no disponía de sacerdote en aquel momento, por estar el párroco momentáneamente ausente.



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### **El presidente de Uruguay y el gran duque de Luxemburgo dan un valiente paso en favor de la vida**

**E**N su día, el gesto del rey Balduino de Bélgica, negándose a avalar con su firma la ley del aborto marcó un aldabonazo en las conciencias de muchos: también hoy es posible no convertirse en cómplice de uno de los asesinatos en masa más tremendos de la historia. Desde entonces pocos son los dirigentes que han tenido la valentía de hacer frente a las leyes que van conformando la cultura de muerte en que estamos inmersos. Pero esa tendencia parece haber cambiado de la mano de algunos hombres públicos que han osado enfrentarse a las presiones contrarias a la vida.

Primero fue Tabaré Vázquez, presidente de Uruguay, quien ejerció su derecho a veto presidencial sobre la ley de despenalización del aborto. En su argumentación, dirigida al presidente de la Asamblea Nacional con fecha 14 de noviembre de 2008, Vázquez, médico en su vida profesional, afirma: «Hay consenso en que el aborto es un mal social que hay que evitar. Sin embargo, en los países en que se ha liberalizado el aborto, éstos han aumentado. En los Estados Unidos, en los primeros diez años, se triplicó, y la cifra se mantiene: la costumbre se instaló. Lo mismo sucedió en España.

La legislación no puede desconocer la realidad de la existencia de vida humana en su etapa de gestación, tal como de manera evidente lo revela la ciencia. La biología ha evolucionado mucho. Descubrimientos revolucionarios, como la fecundación in vitro y el ADN con la secuenciación del genoma humano, dejan en evidencia que desde el momento de la concepción hay allí una vida humana nueva, un nuevo ser. Tanto es así que en los modernos sistemas jurídicos —incluido el nuestro— el ADN se ha transformado en la «prueba reina» para determinar la identidad de las personas.

El verdadero grado de civilización de una nación se mide por cómo se protege a los más necesitados. Por eso se debe proteger más a los más débiles. Porque el criterio no es ya el valor del sujeto en función de los afectos que suscita en los demás, o de la uti-

lidad que presta, sino el valor que resulta de su mera existencia».

Y más adelante, sigue: «El proyecto, además, califica erróneamente y de manera forzada, contra el sentido común, el aborto como acto médico, desconociendo declaraciones internacionales como las de Helsinki y Tokyo, que han sido asumidas en el ámbito del Mercosur, que vienen siendo objeto de internalización expresa en nuestro país desde 1996 y que son reflejo de los principios de la medicina hipocrática que caracterizan al médico por actuar a favor de la vida y de la integridad física.

Es menester atacar las verdaderas causas del aborto en nuestro país y que surgen de nuestra realidad socio-económica. Existe un gran número de mujeres, particularmente de los sectores más carenciados, que soportan la carga del hogar solas. Para ello, hay que rodear a la mujer desamparada de la indispensable protección solidaria, en vez de facilitarle el aborto».

Por su parte, el gran duque de Luxemburgo ha bloqueado la ley de despenalización de la eutanasia. Enrique I de Luxemburgo ha invocado «razones de conciencia» para justificar su negativa a sancionar el texto aprobado por el Parlamento luxemburgués el pasado mes de febrero, que convirtió al país en el tercero de la Unión Europea en legalizar la eutanasia, tras Bélgica y Holanda.

Enrique I de Luxemburgo ha reproducido, pues, la crisis originada en el año 1990 por su tío, el rey Balduino de Bélgica, que se negó a firmar el texto aprobado por las dos Cámaras legislativas sobre la legalización del aborto. Resuenan aquí los ecos de las palabras de Juan Pablo II en la homilía con motivo de la beatificación de Carlos de Austria, el último emperador de la Casa de Habsburgo: «La tarea fundamental del cristiano consiste en buscar en todo la voluntad de Dios, descubrirla y cumplirla. Carlos de Austria, jefe de Estado y cristiano, afrontó diariamente este desafío. Era amigo de la paz. A sus ojos la guerra era ‘algo horrible’. Asumió el gobierno en medio de la tormenta de la primera guerra mundial, y se esforzó por promover las iniciativas de paz de mi predecesor Benedicto XV. Desde el principio, el emperador Carlos concibió su cargo de soberano como un servicio santo a su pueblo. Su principal aspiración fue seguir la vocación del cris-

tiano a la santidad también en su actividad política. Por eso, para él era importante la asistencia social. Que sea un modelo para todos nosotros, particularmente para aquellos que hoy tienen la responsabilidad política en Europa».

Esa concepción de su función de soberano como un servicio a su pueblo y ese esfuerzo por seguir la voluntad de Dios es lo que ha llevado al gran duque de Luxemburgo, en gesto que nos recuerda que sí existieron y pueden existir reyes cristianos, a llevarle la contraria a su Parlamento. Como recordaba a propósito de este gesto Guillermo Juan Morado, desde su blog «La puerta de Damasco», «al final, el único Reino que cuenta es el de Dios. Los demás son siempre –incluso en las monarquías más longevas– completamente provisionales».

Y para culminar este repaso a gestos valientes en defensa de la vida, debemos hacer referencia al presidente de El Salvador, Elías Antonio Saca, que ha anunciado que su país no firmará la Convención Iberoamericana sobre los Derechos de la Juventud debido a que viola la Constitución de El Salvador por cuanto en algunos artículos promueve la homosexualidad y el aborto.

Dicha Convención, impulsada por el presidente español José Luis Rodríguez Zapatero, en su artículo 25 habla de la «salud reproductiva y sexual», un término usado para promover al aborto por parte de las agencias de Naciones Unidas, como de un derecho sobre el que, además, hay que guardar confidencialidad. En el artículo 23 se habla del «derecho a la educación sexual», que incluye la «aceptación de la identidad del joven», un término que según otro artículo incluye la «orientación sexual». En definitiva, otro gesto valiente que demuestra que sí es posible oponerse a los esfuerzos por destruir nuestra sociedad.

### **Los ataques terroristas en Bombay conmocionan al mundo**

**E**L ataque de varios comandos islamistas en pleno corazón de Bombay, la capital del cine y el lujo indio, ha mostrado que el terrorismo islamista mantiene intacta su capacidad para matar y que es capaz de reinventar sus métodos asesinos, esta vez recuperando técnicas de guerrilla urbana, eso sí, siempre con el rasgo particular de la voluntad suicida de los militantes islamistas.

Pero a pesar de que los ataques hayan podido causar un impacto internacional debido a la presencia de numerosos occidentales en los hoteles atacados, lo cierto es que no hay motivo para la sorpresa. Sin ir más lejos, el pasado 30 de octubre, tuvieron lugar en el estado del noreste indio de Assam trece

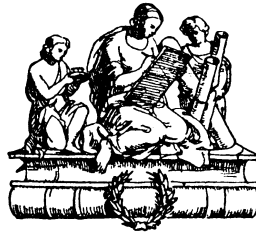
atentados simultáneos que se cobraron la vida de ochenta personas. Y es que desde hace dos años los islamistas no hacen más que ganar fuerza en la región: en Afganistán han conseguido éxitos militares que han provocado que algunos generales británicos se hayan mostrado escépticos en público acerca de la posibilidad de ganar la guerra contra los talibanes, y los mismos talibanes controlan de facto regiones importantes del noroeste paquistaní.

En la India los islamistas también han visto crecer su influencia, en gran parte debido a la incapacidad del gobierno para frenar la presión y la violencia por parte de los radicales hinduistas. Nos estamos acostumbrando a los ataques contra cristianos e iglesias en la India por parte de grupos nacionalistas hindúes que se ceban en una comunidad pequeña como la cristiana, pero la tensión con la más grande comunidad musulmana india también ha crecido sustancialmente, dando alas a los grupos radicales islamistas.

Los ataques de Bombay unen, pues, una dimensión interior, en lo que es un paso más hacia la desestabilización del subcontinente indio y hacia una nueva guerra indopaquistaní, con una dimensión exterior, por cuanto se buscó que hubieran víctimas occidentales y judíos (de ahí el ataque a hoteles de lujo y a un centro de la comunidad ultraortodoxa judía Loubavitch). Tampoco se puede olvidar que, al igual que ocurrió con los atentados del 11-S en Nueva York, Bombay es una ciudad cargada de simbolismo, que representa el lujo y la vida despreocupada de la meca del cine asiático.

La respuesta a estos ataques está por definir, pero ya podemos prever algunas de las consecuencias. En primer lugar, la presión sobre los gobiernos indio y paquistaní se incrementará; por otra parte el mensaje para el recientemente elegido presidente Obama es nítido: tras las acusaciones del líder del número dos de Al Qaeda, Al Zawahiri, en el sentido de que es un títere en manos de los blancos, los atentados de Bombay avisan de que el islamismo radical no tiene ningún interés en dialogar con sus enemigos. Es probable que la necesidad de afrontar de forma más decidida y con más tropas la lucha contra los talibanes se haga más urgente. Además, las tensiones entre hindúes y musulmanes probablemente crezcan, aumentando las posibilidades de conflicto entre las dos potencias nucleares de la zona. En definitiva, el subcontinente indio, que hasta ahora se había mantenido en relativa tranquilidad, se ha transformado en un foco de conflicto de primer orden en el escenario internacional. Como ya ha ocurrido en Iraq, los cristianos quedarán atrapados entre dos fuegos y cada vez con mayor frecuencia deberán elegir entre el exilio y el martirio.

# ORIENTACIONES



# BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

## *Obras del beato Enrique Susón*

Traducción e introducción de Salvador Sandoval  
Salamanca, Editorial San Esteban, 2008

En el siglo XIV, en el valle del Rin y en la región de Colonia y Estrasburgo, se produjo un extraordinario movimiento conocido bajo el nombre de «mística renana». Este fenómeno religioso se desarrolla en ámbitos animados por los dominicos, sobre todo por lo que se ha llamado la «tríada mística renana», formada por el Maestro Eckhart, y sus discípulos Taulero y Susón.

Salvador Sandoval, que ya preparó la edición castellana de la *Autobiografía espiritual* del beato Susón, y del *Diálogo de la eterna sabiduría* nos ofrece ahora la versión castellana de todas sus obras donde encontramos, además de las citadas, el *Diálogo de la verdad*, *Cartas* y *Sermones auténticos*. La mística renana-flamenca, que influyó notablemente en la mística barroca del Siglo de Oro español, tiene en Susón, al igual que en Taulero, la versión ortodoxa de la doctrina de Eckhart. En las postimerías de la Edad Media, precediendo al alba renacentista, se acentúa la relación personal con Dios. Si bien el hombre aún no ocupa el centro que acabará desplazando a Dios a la periferia sí que la relación con Dios pasa a ser una relación más personal desvinculada, en cierto sentido, de la experiencia comunitaria eclesial.

Los temas centrales de esta corriente son la relación del hombre con Dios, especialmente con Cristo. En esa amistad con Cristo ocupa un lugar especial el desapego de las criaturas y la contemplación

de la Pasión de Cristo. Hasta el punto de que el mismo sufrimiento será gracia para el hombre. «Llevarás mi pasión en tu corazón como una madre lleva a su hijo» (p. 73). Se da un redescubrimiento de la importancia de la humanidad de Jesucristo, contemplado principalmente en su pasión y crucifixión, pero que también se reconoce presente en cuerpo y alma en el sacramento de la Eucaristía.

La contemplación de los dolores de Cristo ha de llevar a una conversión, lo que sucede en la vida de Susón. Esa configuración con Cristo, conclavados con Él, co-sufrientes, no es ajena a una confianza en la infinita misericordia divina. De hecho, es el sufrimiento el que abre a entender el infinito amor de Dios manifestado en la pasión y muerte de Cristo. «Así es, hijo, debes meditar constantemente lo que has visto y oído mientras eres joven, sano y fuerte, y puedes poner remedio a tu salvación. Pero cuando llegue tu última hora y ya no puedas hacer nada por tí, no te quedará sobre la tierra otra esperanza que mi muerte y mi infinita misericordia, único modo de que tu confianza permanezca íntegra»

Es una buena noticia que los padres dominicos hayan publicado estas obras completas, importantes en la historia de la espiritualidad y de la teología pero que, además, siguen siendo fuente de inspiración para quien se introduce en su lectura. La actual sensibilidad espiritual, que vuelve a priorizar la relación personal con Jesucristo (si bien con una mayor dimensión de comunión eclesial), puede ayudarse de estas obras en que el amor de Jesús se nos muestra en su entrega hasta el fin y nos despierta de la indolencia y la tibieza.

Para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, tanto más propicia a la eficacia de este amor consumidor y transformador. El solo deseo de ser víctima basta; pero es necesario consentir en permanecer siempre pobre y sin fuerza, y de ahí lo difícil, porque «¿dónde encontrar el verdadero pobre de espíritu?»; hay que buscarlo «muy lejos». No dice que hay que buscarlo entre las grandes almas, sino «muy lejos», es decir, en la pequeñez, en la nada. ¡Ah, permanezcamos, pues, muy lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, amemos el no sentir nada; entonces seremos pobres de espíritu y Jesús irá a buscar-nos, por lejos que estemos, y nos transformará en llamas de amor...

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS



## emos leído

ALDOBRANDO VALS

### Maravillas del Congreso

*Para quienes no estén al corriente, les explicaremos que la carmelita santa Maravillas de Jesús nació en un inmueble madrileño que hoy forma parte del Congreso de los Diputados en Madrid. Para conmemorar tal dato, se aprobó en comisión parlamentaria el colocar una placa que informase del nacimiento en ese lugar de una persona de fama mundial. Todo muy aséptico y neutro. Sin embargo, comunistas, socialistas y separatistas se percataron a tiempo de su metedura de pata (muchos de ellos no habían asistido, por dejación, a la reunión en que se aceptó la instalación de la placa) y han provocado una segunda votación de signo contrario. Reproducimos aquí el comentario de Juan Manuel de Prada al respecto en ABC:*

Si el proceso de canonización de santa Maravillas de Jesús no hubiese concluido, el rechazo de estos congresistas del demonio a conmemorarla con una placa en el edificio donde nació habría servido al postulador de su causa como prueba de su santidad. Pues es facultad milagrosa de los santos hacer rabiar a los demonios, que como nos recuerda la Epístola de Santiago «creen y odian»; y el odio a la santidad lo expresan alejándola de sí, ya que en su proximidad sufren convulsiones y metamorfosis la mar de desagradables. Si la placa conmemorativa de santa Maravillas se hubiese finalmente instalado, muchos congresistas habrían empezado a echar espumarajos y a mostrar las pezuñas por las bocamangas; y tampo-

co es plan convertir el Congreso en la cantina de aquella peli de Robert Rodríguez, «Abierto hasta el amanecer».

Las sinrazones aducidas por esos congresistas del demonio para impedir que la placa fuese instalada merecen, sin embargo, ser calificadas de pintorescas; tan pintorescas que hemos de concluir que, o bien los demonios se han vuelto memos (lo cual es harto improbable), o bien su imperio es tan hegemónico que ni siquiera han de esforzarse en aparentar razón, como los tiranos omnímodos no se esfuerzan en aparentar que sus leyes sean justas. Los congresistas del demonio han alegado que «el Parlamento es una institución de un Estado aconfesional», como si en lugar de una placa conmemorativa en honor de un personaje ilustre se fuese a erigir una capilla donde se obligara a estos congresistas a rezar el rosario. Puesto que la aconfesionalidad de un Estado, y de las instituciones que lo representan, en nada se inmuta porque se recuerde el natalicio de un personaje ilustre, hemos de pensar que estos congresistas del demonio querían decir en realidad otra cosa; pero, o bien por pereza mental no lo hicieron (el que manda omnímodamente no tiene por qué demorarse en explicaciones), o bien pensaron que esa cosa, designada desnudamente, tenía un nombre demasiado feo.

Ese nombre es *odium fidei*, sentimiento demoníaco que persigue a la Iglesia desde el instante mismo de su fundación y que, a lo largo de los diversos crepúsculos de la historia, se ha manifestado bajo expresiones más o menos sañudas o sibilinas. La propia Maravillas de Jesús tuvo ocasión de probar

el *odium fidei* en su expresión más sañuda, siendo priora del Carmelo de El Cerro de los Ángeles, donde los abuelitos de estos congresistas del demonio se entretuvieron dinamitando una imagen del Sagrado Corazón. En esta fase democrática de la historia, el *odium fidei* no se muestra –¡de momento!– dinamitando imágenes del Sagrado Corazón y fusilando monjas, sino a través de una expresión más sibilina, llamada «laicismo», gato de uñas afiladas que estos congresistas del demonio pretenden hacer pasar por la liebre modosita del «Estado aconfesional». ¿Y qué es el laicismo? El gran Leonardo Castellani (de quien por fin puede leerse una antología preparada por el menda que acaba de llegar a librerías, titulada *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*) lo define así: «Laicismo consiste en la sustitución de Dios por el Estado, al cual se transfieren los atributos divinos de Aquél, incluido el poder absoluto sobre las almas». Como en el hombre es instintivo someterse a algo superior, quien no adora a Dios habrá necesariamente de adorar a quien, según la época, se le adjudican nombres diversos: en fases pretéritas de la historia esos nombres –Mammón, Moloch, Baal– sonaban agrios, de tan evidentes; en esta fase democrática de la historia, se eligen nombres más melifluos que encubren –citamos de nuevo a Castellani– «al monstruoso ídolo hegeliano llamado Estado, Júpiter Tonante redivivo, en conjunción con el otro ídolo material y tangible, el dinero, Plutón su hermano». Unos y otros nombres designan al mismo dios, que echa espumarajos por la boca y asoma las pezuñas por las



bocamangas a poco que se le contradiga. Para distinguir a sus adoradores, basta con que se les proponga instalar en su templo una placa conmemorativa de una monja carmelita; de inmediato, veréis cómo se llenan la boca con apelaciones al «Estado aconfesional», que es la careta con la que disfrazan su *odium fidei*. Porque estos congresistas del demonio, como el dios al que sirven, «creen y odian».

## Obama y los obispos

*Uno de los temas que los obispos y muchos otros católicos norteamericanos han puesto sobre la palestra a lo largo de las últimas elecciones presidenciales ha sido la defensa de la vida ante el aborto. El fundador de la revista First Things, Richard John Neuhaus, reflexiona aquí sobre la importancia del tema y la responsabilidad de los pastores:*

En pocos días los obispos católicos norteamericanos tendrán su reunión anual en Baltimore. Uno de los puntos destacados será cómo los obispos pueden comunicar mejor las enseñanzas de la Iglesia acerca de la justicia social. Se entiende que el asunto prioritario de la justicia social es la protección de la vida humana inocente, desde la puerta de entrada en la vida hasta la puerta de salida y en cada momento de su caminar. La violación más masiva y brutal de la justicia es el asesinato de millones de niños en el seno materno.

En los meses recientes un número inusualmente grande de obispos han sido claros e incluso contundentes en sus afirmaciones públicas acerca de las exigencias de la moral y de las enseñanzas de la Iglesia.

[...] No todos los obispos se han cubierto de honor al cumplir con su obligación. Ignorando su

deber de proteger la integridad del magisterio y defender a los creyentes de la confusión, la tentación y el pecado por el *skandalon*, algunos obispos han hecho públicos escritos en los que explicaban por qué no tenían ninguna intención de abordar el problema que presentan aquellas figuras públicas que dicen ser católicos a pesar de su rechazo continuo de las enseñanzas de la Iglesia en defensa de las vidas humanas inocentes. Algunos de esos obispos afirman que pronunciarse públicamente sobre este tema sería visto como controvertido, condenado como partidista y manipulado por quienes son hostiles a la Iglesia. Así pues, sostienen, han decidido no hacer ni decir nada excepto explicar por qué no van a hacer ni decir nada. Esta calculada timidez, para su incomodidad, queda muy lejos del celo apostólico ejemplificado por los apóstoles, cuyos sucesores son los obispos. Afortunadamente, estos pastores timoratos parecen estar en minoría en el conjunto de los obispos. Otros, más numerosos, parecen haberse tomado en serio en este año paulino los consejos de Pablo a Timoteo.

Tras las elecciones presidenciales, algunos católicos que están manifiestamente incómodos porque la Iglesia no se haya sumado entusiastamente al nuevo mundo del «cambio que hemos estado esperando», han señalado alegremente que la firmeza de los obispos ha tenido poco efecto político. En las presidenciales y en otras elecciones, muchos católicos votan a candidatos favorables al aborto. ¿Y qué? La tarea de los obispos no es ganar elecciones políticas; su tarea es defender y enseñar la fe, incluyendo la doctrina moral de la Iglesia.

La lectura de la misa del día después de las elecciones fue Filipenses, 2, en la que san Pablo dice que los creyentes sean «irreprochables e inocentes, hijos de

Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo». Esto es tan pertinente hoy como lo fue en el siglo primero y lo será hasta que nuestro Señor vuelva en gloria y majestad. Es tarea de los obispos ayudar a los creyentes a permitir que el esplendor de la verdad moral brille a través de sus vidas y den así testimonio como lámparas en el mundo. Si, en alguna ocasión, esto coincide con el éxito político, habrá que verlo como un inesperado, aunque bienvenido, añadido. Resulta una dolorosa degradación de su oficio pastoral, y una falsa ilusión política, el que los obispos se consideren como gestores del bloque de votos católico.

[...] Durante las últimas cuatro décadas, siguiendo el camino del protestantismo norteamericano, muchos, quizás la mayoría, de los católicos han pasado a ver la Iglesia en términos de consumo más que en términos de obligación. La Iglesia parece que esté para satisfacer sus necesidades espirituales, no para decirles aquello que deben creer o hacer. Esto tiene profundas implicaciones tanto sociológicas como psicológicas. Es parte del «éxito» de los católicos americanos en su afán de ser como los demás. Los obispos y todos nosotros debemos entender la visión de Juan Pablo II acerca de que la Iglesia no impone nada sino que propone. Pero lo que propone cree que es la verdad, y puesto que los hombres están hechos para la verdad, la verdad impone. Y la verdad obliga.

No es fácil comunicar esta visión es nuestro tiempo, si bien no lo ha sido nunca. Los obispos deben dejar de lado las relaciones públicas y los cálculos políticos, y prepararse para entregarse de nuevo a la tarea para la que fueron ordenados, la defensa innegociable y la comunicación de la fe».

## La corredención mariana y la paz del mundo

*Hace sesenta años –diciembre de 1948– el mundo vivía todavía bajo el impacto de la segunda guerra mundial que había acabado hacia tres años y que había provocado la muerte de sesenta millones de personas. Pero la humanidad no había aprendido la lección y vivía en una constante zozobra: hace meses que Berlín está bloqueada por tierra y debe abastecerse por aire; en el Próximo Oriente judíos y árabes están luchando la primera de una interminable serie de guerras; China vive una guerra civil entre comunistas y nacionalistas... Estamos en el principio de la «guerra fría», que supone una constante amenaza y un clima de inquietud y de temor. El mundo no halla la paz que tanto anhela. Sin duda que el padre Francisco de Paula Solá, teólogo de prestigio internacional, colaborador asiduo de CRISTIANDAD, tenía presentes estas circunstancias a la hora de escribir este artículo, pero sabemos que no habrá paz en el mundo si no se respeta el orden establecido por Dios, como escribió Juan XXIII en el primer párrafo de su encíclica Pacem in terris. Y cuando,*

*como hace el padre Solá, se usan argumentos sólidos, sacados del «tesoro perenne», para juzgar la realidad los razonamientos tienen una vigencia universal y perenne. También hoy vivimos en la zozobra. Quizás hoy las circunstancias son distintas de las de 1948: un enfrentamiento semejante a una guerra mundial no parece cercano, pero tenemos la amenaza del terrorismo, padecemos una gravísima crisis económica, el egoísmo se impone en las relaciones políticas y sociales, la falta de moral se ha adueñado de facetas básicas de la vida familiar y personal. Es otro tipo de desorden que perturba el orden y la paz de las conciencias. Por eso, san Agustín, que también vivió tiempos de angustia, nos ilumina con la solidez de su teología de la historia.*

*La paz es obra de Jesús; y la obra pacificadora de Jesús fue la Encarnación y la Redención porque con ellas reconcilió a la humanidad con Dios. Y en esta tarea la Virgen María jugó un papel fundamental como Madre del Redentor, con su sí al ángel y con su presencia al pie de la cruz.*

Una de las grandes amenazas que Dios anunciaba por los Profetas era el que los hijos y los extraños se burlarían de Israel diciéndole: *Paz, paz; pero la paz no existiría.* (Jer 6,14;8,11; Ez 13,10.) Y en pocas ocasiones habrá sido más real esta profecía que en el momento presente.

Hasta el último conflicto mundial, las guerras hallaban fin en un convenio de las dos partes litigantes que se llamaba *tratado de paz*. Ciertamente que la paz se convertía en una mera tregua, pero, al fin y al cabo, había paz. Ahora ha ocurrido algo insólito: se ha terminado un conflicto armado sin precedentes en la historia del mundo, y tampoco ha tenido precedentes el modo de terminarse. A la guerra no se ha seguido una paz, ni siquiera *de tratados*. Se ha hablado de paz, pero no ha llegado la paz. ¿Causas de esta anomalía? Son múltiples; pero aquí nos place asignar una que entra de lleno en el ámbito de CRISTIANDAD: *No ha llegado la paz porque los gobernantes no saben lo que es la paz.*

### Qué es la paz. Historia de una definición

Hagamos un poco de historia y trasladémonos al siglo v. Los bárbaros invadían Europa, sembrando por doquier la más espantosa desorientación moral e intelectual. Cuando después de una serie de emperadores de poca talla, que habían poco a poco desprestigiado la figura del Imperio romano, Teodosio el Grande había logrado rehabilitar el nombre de la antigua Roma, pensaban los romanos que su antiguo Imperio volvía a las pasadas glorias y que su poderío se perpetuaría sin fin. Entonces precisamente la implacable Parca estaba midiendo los escasos milímetros del hilo de su vida. Regía los destinos del caducado Imperio el desventurado Honorio; la hora de Dios sonó terrible sobre Roma en aquel mes en que la Ciudad de los Césares estaba sumida en los enervantes calores del estío; el día exacto fue el 24 de agosto del año de gracia 410, y en una noche tempestuosa, oscura como una venganza, que por ser divina no podía carecer de la luz (siquiera fuese de relámpagos) ni de aviso (aunque sonara horrorísimo

con los truenos). Al amparo de la obscuridad y al fulgor siniestro de los relámpagos, las hordas godas de países bárbaros, mandadas por Alarico, escalaron los muros de la Ciudad Eterna y, penetrando por la Puerta Salaria, «se dedicó aquella chusma durante tres días a los más atroces crímenes contra los habitantes, contra las casas, contra los templos, contra el arte... dejando por fin la ciudad sumida en sangre y fuego y llanto».

El pánico que se produjo en todo el orbe romano al tenerse noticia del desastre de la Ciudad Madre lo podríamos comparar al que sintió el Imperio japonés de nuestros días al enterarse de los efectos producidos por la primera bomba atómica. No era entonces una ciudad la que sucumbía, era todo un Imperio, toda una civilización. El mundo entero, que era del dominio de los occidentales, pasaba a manos de los orientales; y los orientales representaban en Europa el atraso, la barbarie, el salvajismo.

Y el mundo europeo, acostumbrado a filosofar y a reaccionar buscando los remedios adecuados contra los males, quiso dar con la raíz de tan colosal desastre. Pero el mundo de Occidente se hallaba dividido en dos partidos: paganismo y cristianismo. Los dos habían de buscar una solución. La desolación era un hecho; la caída de Roma no se podía poner en duda; los males causados eran ciertos. Las causas las señalaba cada partido según su filosofía. Los paganos reprochaban a los cristianos y a los mismos emperadores la causa de tantos males, que se debían, según ellos, a que los dioses estaban indignados por la disminución de su culto a causa de los progresos del cristianismo. Los cristianos veían en el saco de Roma un castigo de Dios, que exigía así la penitencia por los pecados del paganismo. De ser así, replicaban los paganos, no habría vuestro Dios permitido que vosotros hubierais padecido ni que vuestros templos hubieran sido saqueados como los nuestros. En realidad, unos y otros estaban desconcertados, los paganos porque no salían de su estupor ante la ruina de su Imperio terrestre; los cristianos porque no acababan de comprender qué significado tendría el hundimiento de la ciudad que creían eterna y sede perenne del Vicario de Cristo.

En un rincón de África, entregado a sus estudios y atento siempre a los movimientos que afectaban de alguna manera a la Iglesia su amada Madre, vivía tranquilo el obispo de Hipone Regia, Aurelio Agustín. A él, como al oráculo de la Iglesia, se volvieron los ojos de los cristianos todos, le expusieron sus cuitas y demandaron orientación. El genio de Agustín penetró como nadie en la gravedad del problema y en lo trascendental del momento, y como aterrado ante su gigantesca responsabilidad, pareció vacilar un momento. Pero muy pronto se aprestó a dar el golpe de gracia contra el paganis-

mo. Oigamos lo que a este propósito nos dice el propio Agustín en sus *Retractationes*: «Entretanto los godos, dirigidos por Alarico, irrumpieron impetuosamente sobre Roma, destruyéndola con feroz estrago. La turba de los adoradores de los falsos dioses, a quienes comúnmente solemos dar el nombre de paganos, tomando pie de esta destrucción para volver contra la religión cristiana, comenzaron a blasfemar de nuestro Dios verdadero y de su Providencia, más acerba y amargamente aún de lo que solían.

»Por esto yo *exardescens zelo domus Dei*, inflamado del celo de la casa de Dios, me lancé a escribir contra sus errores y blasfemias estos libros de la CIUDAD DE DIOS. Los muchos negocios y trabajos inaplazables que por aquellos años sobre mí pesaban, me hicieron retardar su publicación, no pudiendo terminar esta grande obra («*grande opus*») sino trece años más tarde».

Volvamos ahora a nuestro siglo xx. La gravedad de los presentes males, comparable sin duda con la trascendencia que tuvieron los acontecimientos que motivaron la aparición de la *Ciudad de Dios*, nos habrían de hacer leer y releer las profundas y acertadas páginas agustinianas. En ellas encontraremos una definición magistral, como todas las suyas, de lo que es la paz. Veámosla.

### **Anatomía de la paz**

No sin intención hemos escrito este epígrafe. Reproduce el título de un libro, que se difundió no poco por los Estados Unidos hace cosa de dos años. Su autor quiere examinar los fundamentos de una paz verdadera, pero como apenas sabe levantar su mirada de un mundo materialista, su libro no produjo apenas fruto alguno.

No es así la anatomía de la paz que nos hace san Agustín. De ella se ocupa en el libro 19 de su monumental obra cuando trata del fin de las dos Ciudades, la del mundo y la de Dios. Y al establecer que el fin de la Ciudad de Dios es el bienestar y la felicidad suma, que proporcionalmente se halla ya en esta vida, si se cumplen los deberes que el ser ciudadano de tal Ciudad nos impone, nota el Santo cómo existen ciertos impedimentos que obstaculizan la consecución de esta felicidad; pero estos mismos impedimentos, bien examinados, nos ponen de manifiesto que los deseos de los hombres son siempre de conseguir la paz que trae la felicidad. «Quien considere en cierto modo las cosas humanas y la naturaleza común, advertirá conmigo que así como no hay quien no guste de alegrarse, así tampoco quien no guste de tener paz. Pues hasta los mismos que desean la guerra apetecen vencer, y guerreando llegar a una

gloriosa paz. ¿Qué otra cosa es la victoria sino la sujeción de los contrarios? Lo cual conseguido sobreviene la paz. Así que con intención de la paz se sustentan las guerras mismas, aun por los que ejercitan el arte de la guerra siendo generales, mandando y peleando. Por donde consta que la paz es el deseado fin de la guerra, porque todos los hombres, aun con la guerra, buscan la paz, pero ninguno con la paz busca la guerra»... «Hasta los que quieren perturbar la paz en que viven, no es porque aborrecen la paz, sino porque quieren tenerla a su arbitrio. No quieren, pues, que deje de haber paz, sino que haya la que ellos quieren.»

Sentado, pues, este principio de que todos los hombres apetecen la paz, y, por otra parte, constando que, de hecho, la paz no se encuentra como los hombres la buscan, o que los hombres apetecen una paz que no es la verdadera; se pregunta el Santo: ¿Es que hay más de una paz? ¿Por qué no se disfruta siempre de la paz? Este es el grave problema que Agustín se plantea y que resuelve magistralmente en los capítulos que podríamos llamar «*la filosofía de la paz*».

## La paz universal

Con gusto transcribiríamos los capítulos en que Agustín explana la noción de paz. Pero tendremos que contentarnos con un resumen de su doctrina. Y primeramente notemos el título con que encabeza el capítulo 13 del libro 19: «*De la paz universal, la cual, según las leyes naturales, no puede ser turbada hasta que, por disposición del Justo Juez, alcance cada uno lo que por su voluntad mereció.*»

Para llegar a una definición de la *paz universal*, san Agustín encuadra el universo en el marco que le corresponde, y establece una gradación admirable que ilumina genialmente el concepto universal de paz. Comienza así:

La paz del cuerpo es la ordenada disposición y templanza de sus partes. La paz del alma irracional, la ordenada quietud de sus apetitos. La paz del alma racional, la ordenada conformidad y concordia de la parte intelectual y activa. La paz del alma y del cuerpo la vida metódica y la salud del viviente. La paz del hombre mortal y de Dios inmortal, la concorde obediencia a la fe bajo la ley eterna. La paz de los hombres, la ordenada concordia. La paz doméstica, la conforme uniformidad que tienen en mandar y obedecer los que viven juntos en una casa. La paz de la ciudad, la ordenada concordia que tienen los ciudadanos y vecinos en ordenar y obedecer. La paz de la ciudad celestial, la ordenadísima y conformadísima sociedad establecida para gozar de Dios, y unos de otros en Dios. *La paz universal, la*

*tranquilidad del orden; y el orden no es otra cosa que la disposición de cosas iguales y desiguales que da a cada una su lugar.*

## La tranquilidad del orden

*Pax est tranquillitas ordinis.* La paz es la tranquilidad del orden. ¡Magnífica y genial definición que encierra en sí cuantas consecuencias se deben derivar de ella! No es la paz un hábito, no es una virtud infusa ni adquirida, no es una cualidad inherente en nuestra alma; es un efecto, es una consecuencia del orden; es aquella tranquilidad que se siente cuando todo está ordenado. Cuando todos los miembros de un cuerpo están en su lugar y todos los órganos ejercen sus funciones regularmente, se disfruta de buena salud: hay paz en el cuerpo. El dolor es un indicio de que hay algo en el organismo que no está en su lugar. Falta entonces la paz corporal.

Si, pues, la paz es un efecto, no podremos obtenerla sin la causa; si queremos la paz, hemos de querer el orden que la produce.

Ahora bien; la razón nos enseña y la experiencia nos lo confirma que el orden del mundo depende del de cada una de sus naciones; el de éstas del de cada una de sus ciudades; el de la ciudad del de cada una de las familias que la integran; el de las familias, del de cada uno de sus miembros. Resulta, pues, que el orden universal, y consiguientemente, la paz de la humanidad, estriba en el orden de los individuos. Si queremos la paz del mundo, hemos de comenzar por pacificarnos a nosotros mismos.

Y también en nosotros mismos la paz nacerá del orden. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo, de espíritu y materia. Cada una de estas partes es principio de tendencias y aspiraciones en el hombre que lo atraen e inducen muchas veces a extremos contrarios, tan contrarios y opuestos, como contrarias y opuestas son las causas que los producen. De aquí que en cada uno de nosotros sintamos como dos personalidades distintas que san Pablo llama carne y espíritu, hombre terreno y hombre celeste, hombre viejo y hombre nuevo, hombre exterior y hombre interior. Ya se ve que el recto orden exige que lo interior regule lo exterior, lo nuevo se imponga a lo viejo, el espíritu domine sobre la materia, lo celestial prevalezca sobre lo terreno.

La paz del cuerpo se contenta con la ordenada disposición y funcionamiento de sus partes; la paz del alma exige el ordenado descanso de sus apetitos; la paz del alma y del cuerpo es la ordenada armonización del compuesto. Mientras la parte inferior no ocupe el lugar que le corresponde, mientras la carne recalitre contra el espíritu; en otras palabras, mientras las pasiones no estén domadas, mien-



*Imagen de María, Reina de la Paz, colocada en la basílica de Santa María la Mayor en 1918, durante la primera guerra mundial.*

tras los apetitos sensitivos no obedezcan a la razón, habrá en nosotros desorden y, por consiguiente, no tendremos paz. Por esto dice la Escritura que no hay paz para los impíos, porque siguen siempre los impulsos de sus apetitos carnales. Por el contrario, los justos siempre disfrutan de paz interior, porque sujetan sus pasiones.

Pero todavía hay más. Poseemos un alma racional capaz de conocer un orden moral con derechos y obligaciones, y de descubrir una ley a la que nos hemos de sujetar. El buen orden, o sea la paz que buscamos, consistirá para el alma racional en la conformidad entre el conocimiento y, la ejecución. Que no nos contentemos con conocer la ley sino que la cumplamos.

Más aún. Porque tenemos un alma con entendimiento capaz de discurrir, no podemos descansar sino en la posesión de la verdad, y como a causa de la flaqueza humana es imposible que no caigamos en error, nos es de todo punto necesario un magisterio infalible al que con seguridad nos adhiramos, y una ayuda poderosa para que libremente lo sigamos. Este magisterio infalible no puede ser humano, ha de ser divino y divina esta ayuda. Todo, pues, lo hemos de subordinar a Dios de quien, por otra parte, dependemos por ser nuestro Creador y Señor.

Pero al sujetarnos a Dios, nos hemos de sujetar a su ley, ley que se reduce a dos preceptos: amor a Dios y al prójimo por Dios. Los cuales dos preceptos importan tres amores: a Dios, a sí propio y al prójimo. Y así resulta que en la paz con Dios se funda la paz con nuestros semejantes y en particular la paz doméstica. ¡Si el tiempo nos permitiera explicar estos conceptos, cuántas enseñanzas de ellos deduciríamos! ¡Tantas familias desgraciadas a pesar de sus riquezas; tantas familias infelices, a pesar de que no les faltan bienes materiales; tantas conciencias atormentadas, a pesar de gozar de toda suerte de relaciones sociales! ¡Miren sus relaciones con la ley natural y la ley positiva de Dios y hallarán allí la causa del desorden, de la falta de paz! Mas, sigamos el raciocinio de san Agustín que estamos penosamente resumiendo.

En el orden natural ya estaríamos satisfechos con el orden que nacería de tener los apetitos inferiores subordinados a los superiores, éstos a la razón, y ésta a Dios, y en observar las relaciones mutuas que nuestro estado social nos impone. Nuestras aspiraciones naturales de felicidad serían cumplidas, estaríamos en posesión de la paz anhelada.

Mas la bondad de Dios quiso derramar sobre nosotros toda la infinidad de sus tesoros, y dispuso que el objeto adecuado de nuestra felicidad fuese Él mismo. Pero como existía en nuestra imperfecta naturaleza imposibilidad física de abarcar y poseer un objeto infinito, ideó una de las más grandes maravillas de su sabiduría infinita: nos infundió la gracia con la que nos hizo superiores a nosotros mismos, nos elevó sobre nuestra misma naturaleza, nos divinizó, nos adoptó por hijos, y nos enriqueció de tal manera que llegáramos a ser semejantes a Él, porque le veremos tal cual es. Si, pues, nuestro fin es Dios, y nuestra felicidad está en Dios y es el mismo Dios, no nos podrá saciar cosa alguna que no sea el mismo Dios. Estaremos inquietos y desasosegados hasta que no poseamos a Dios. Nuestra paz está en Dios y será Dios.

Pero este orden sobrenatural de relaciones con Dios quedó desbaratado por el pecado. El hombre al pecar rompió el vínculo que lo unía con Dios, perdió el derecho y la potencia de adquirir la visión beatífica, aun cuando perseveró el designio de Dios, de ser Él el único objeto de nuestra suprema felicidad. Quedamos, pues, los hombres en un estado desgraciadísimo, que un Santo Padre llegó a comparar a los condenados del infierno: por una parte, deseos vehementísimos de felicidad, con conocimiento, por revelación, de que sólo pueden saciarse con la posesión de Dios; por otra, una distancia infinita, infranqueable entre nosotros y Dios, e impotencia absoluta, por nuestra parte, de restablecer el orden perturbado. Necesariamente quedábamos en un estado de inquietud por no decir de desesperación: nues-

tros anhelos de paz quedarían necesariamente e irremediablemente frustrados. ¿Cómo podríamos gozar de la paz, que está en la tranquilidad del orden, si no podíamos ordenar nuestras relaciones con Dios?

## La Virgen y la paz

A sacarnos, pues, de este estado miserable, a restablecer el orden perdido, a traernos la paz; por un prodigio de amor, de que sólo era capaz un poder infinito, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad bajó del cielo a la tierra para unir la tierra al cielo, Dios se hizo hombre para unir al hombre con Dios. El orden quedaba restablecido, la paz había vuelto a la tierra.

La paz es obra de Jesús; y la obra pacificadora de Jesucristo fue la Encarnación y la Redención en la cruz. En la Encarnación juntó en sí las dos naturalezas, divina y humana, o como diría el apóstol san Pablo: «Él [Cristo] es nuestra paz por cuanto hizo de los dos uno, y derribó el muro de la valla interpuesto... para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo haciendo paz» (Efes 2,14-15). En la cruz consumó la obra reconciliadora de la naturaleza humana con Dios, como expresa el mismo Apóstol: «nos pacificó... por cuanto reconcilió a entrambos [hombre viejo y nuevo] en un solo cuerpo con Dios por medio de la cruz, matando en ella la enemistad; y venido anunció la paz a vosotros [los gentiles] que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca; pues por Él tenemos abierta la entrada entrambos en un mismo Espíritu al Padre» (id. 16-18).

Y, ¿quién ignora la parte que a la Virgen Santísima cupo en esta *pacificación* de la humanidad?

La Encarnación, es decir, la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en la Persona del Verbo Divino se realizó en las entrañas de la Virgen María. Y al decir en las entrañas, no queremos decir que las entrañas de la Santísima Virgen fue *el lugar* en que se realizó esta maravillosa obra, como si dijéramos que en determinado salón se han reunido dos personajes para una entrevista; sino que la Virgen tomó parte activa en la obra de la Encarnación, no solamente *cediendo* (valga la expresión) *el lugar* de su propio seno, sino contribuyendo ella misma con la cooperación de su mismo cuerpo, dando la materia de que la formó el cuerpo de Jesús, cuerpecito que se fue desarrollando en el seno materno de la manera que sólo Dios sabe, como decía a sus hijos la madre de los Macabeos, y que con más razón podemos aplicar en el presente caso.

Pero hubo todavía más. No fue sólo una cooperación material la de la Virgen a esta obra *materialmente* pacificadora; fue precisamente su cooperación formal la que más la hace partícipe en ella. Se com-

placen los Santos Padres en representarnos el momento sublime en que Dios, llegada la plenitud de los tiempos, decidió que se realizaran sus planes eternos de redimir al hombre. Pero en sus planes estaba también el que dependiera de la voluntaria aportación de la Madre futura de Dios el que esta obra se realizara. Dios no quería coaccionar a nadie, ni siquiera a su Madre. Cautiva el dramatismo (llamémosle, si queremos, antropomorfismo) con que nos representan la escena de la Anunciación. Dios envía al arcángel san Gabriel con el mensaje (san Juan Damasceno nos diría que con una carta) para la Virgen; se presenta el celestial nuncio, hace la propuesta y espera con emoción la respuesta. Desde lo alto de los cielos la Santísima Trinidad está aguardando la vuelta del Ángel para saber qué ha decidido María. La expectación es sólo comparable con la alegría que se experimenta en el cielo cuando rápido vuelve Gabriel con el asentimiento de la Madre de Dios. Sin el dramatismo oriental, pero con la precisión y fuerza occidental se expresan de semejante manera san Bernardo y santo Tomás de Aquino, cuando nos dice este último que la Virgen en el dar el sí de consentimiento «personam gerebat generis humani».

Y si la pacificación del linaje humano se consumó en la Cruz, ¿no estaba allí sacrificándose también la Santísima Virgen? Cristo en la Cruz se ofrecía al Padre como hostia inmaculada al mismo tiempo que era la víctima del Sacrificio. Esta Hostia, nos dice Pío X, la amasó la Santísima Virgen y ella misma la ofreció también en el altar de la Cruz, al propio tiempo que ella, en unión con su Hijo, ofrecía el propio sacrificio de Madre.

Con mucha razón, pues, la Iglesia, al resumir en la oración del día de la Natividad de la Santísima Virgen las consecuencias y frutos especiales de aquel nacimiento suplica a Dios: «Te rogamos, Señor, concedes a tus siervos el don de la gracia celestial, a fin de que, a quienes el fruto de la Bienaventurada Virgen fue principio de salvación, la fiesta votiva de su Natividad les produzca aumento de paz.»

# CRISTIANDAD

Edita: Fundació Ramon Orlandis i Despuig

Donativo para la suscripción .....	35 €
Suscripción de bienhechor .....	60 €
Extranjero .....	45 €
Número suelto .....	4 €



## LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona  
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

### SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

### *Este mes recomendamos:*



#### **Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI**

Autor: Leonardo Castellani  
Editorial: Libroslibres  
334 páginas  
Precio: 18,00 €

La figura del sacerdote argentino Leonardo Castellani ha adquirido una notoriedad creciente en España gracias a la constante difusión de su pensamiento por el escritor Juan Manuel de Prada, que presenta una edición con los mejores y más polémicos trabajos del padre Castellani, anotados y precedidos por un prólogo sobre esta figura de las letras

hispanoamericanas. Castellani ha sido considerado «el Chesterton de la lengua española» por la amplitud temática de su obra, su empeño apologetico y su carácter incisivo. Castellani creó escuela y un cuarto de siglo después de su muerte mantiene lectores fieles que dicen que descubrir a Castellani es una experiencia inolvidable.



#### **Orar con el rosario de Nuestra Señora**

Autor: Romano Guardini  
Editorial: Desclée de Brouwer  
152 páginas  
Precio: 10,00 €

Romano Guardini nos descubre aquí esa forma de oración de la que han vivido generaciones de creyentes: el rosario. La repetición de las mismas palabras y el ritmo de la respiración son los apoyos externos para permanecer en la cercanía de Dios. Desde la perspectiva de María, el orante contempla el acontecimiento

central de la historia de la Salvación, el misterio de la Encarnación de Dios. A una introducción espiritual de carácter básico se unen unas breves exposiciones teológicas de los distintos misterios y unas indicaciones prácticas para realizar debidamente esta forma de oración.



#### **Yo fui masón**

Autor: Maurice Caillet  
Editorial: Libroslibres  
188 páginas  
Precio: 18,00 €

Un testimonio que muy pocos se atreven a ofrecer. Maurice Caillet llegó muy alto en el Gran Oriente de Francia y cuenta sobre la masonería lo que otros callan: rituales, tenidas, significados ocultos... Y como transfondo, la cara oculta de una institución tanto más cuestionada cuanto más presume de humanismo y tolerancia.



#### **La fe es razonable**

Autor: Scott Hahn  
Editorial: Rialp  
240 páginas  
Precio: 14,00 €

El hombre necesita razonar, encontrar explicaciones. ¿Tiene la fe una explicación razonable o, al contrario, se trata de un sentimiento irracional? Al creer, ¿se comporta el creyente de un modo razonable? En este libro, Hahn se dirige a quienes procuran fortalecer su fe, pero también a los que siguen buscando respuestas capaces de satisfacer su mente y su corazón.

# CONTRAPORTADA

## El misterio de la Navidad: en Belén se inicia la verdadera realeza

«A María le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada» (cf. Lc 2,6s). Estas frases, nos llegan al corazón siempre de nuevo. Llegó el momento anunciado por el Ángel en Nazaret: «Darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo» (Lc 1,31). Llegó el momento que Israel esperaba desde hacía muchos siglos, durante tantas horas oscuras, el momento en cierto modo esperado por toda la humanidad con figuras todavía confusas: que Dios se preocupase por nosotros, que saliera de su ocultamiento, que el mundo alcanzara la salvación y que Él renovase todo.

[...]

En algunas representaciones navideñas de la Baja Edad Media y de comienzo de la Edad Moderna, el pesebre se representa como edificio más bien desvencijado. Se puede reconocer todavía su pasado esplendor, pero ahora está deteriorado, sus muros en ruinas; se ha convertido justamente en un establo. Aunque no tiene un fundamento histórico, esta interpretación metafórica expresa sin embargo algo de la verdad que se esconde en el misterio de la Navidad. El trono de David, al que se había prometido una duración eterna, está vacío. Son otros los que dominan en Tierra Santa. José, el descendiente de David, es un simple artesano; de hecho, el palacio se ha convertido en una choza. David mismo había comenzado como pastor. Cuando Samuel lo buscó para ungirlo, parecía imposible y contradictorio que un joven pastor pudiera convertirse en el portador de la promesa de Israel. En el establo de Belén, precisamente donde estuvo el punto de partida, vuelve a comenzar la realeza davídica de un modo nuevo: en aquel niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. El nuevo trono desde el cual este David atraerá hacia sí el mundo es la Cruz. El nuevo trono –la Cruz– corresponde al nuevo inicio en el establo. Pero justamente así se construye el verdadero palacio davídico, la verdadera realeza. Así pues, este nuevo palacio no es como los hombres se imaginan un palacio y el poder real. Este nuevo palacio es la comunidad de cuantos se dejan atraer por el amor de Cristo y con Él llegan a ser un solo cuerpo, una humanidad nueva. El poder que proviene de la Cruz, el poder de la bondad que se entrega, ésta es la verdadera realeza. El establo se transforma en palacio; precisamente a partir de este inicio, Jesús edifica la nueva gran comunidad, cuya palabra clave cantan los ángeles en el momento de su nacimiento: «Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama», hombres que ponen su voluntad en la suya, transformándose en hombres de Dios, hombres nuevos, mundo nuevo.

Homilía del Santo Padre Benedicto XVI.  
Solemnidad de la Natividad del Señor (2007)